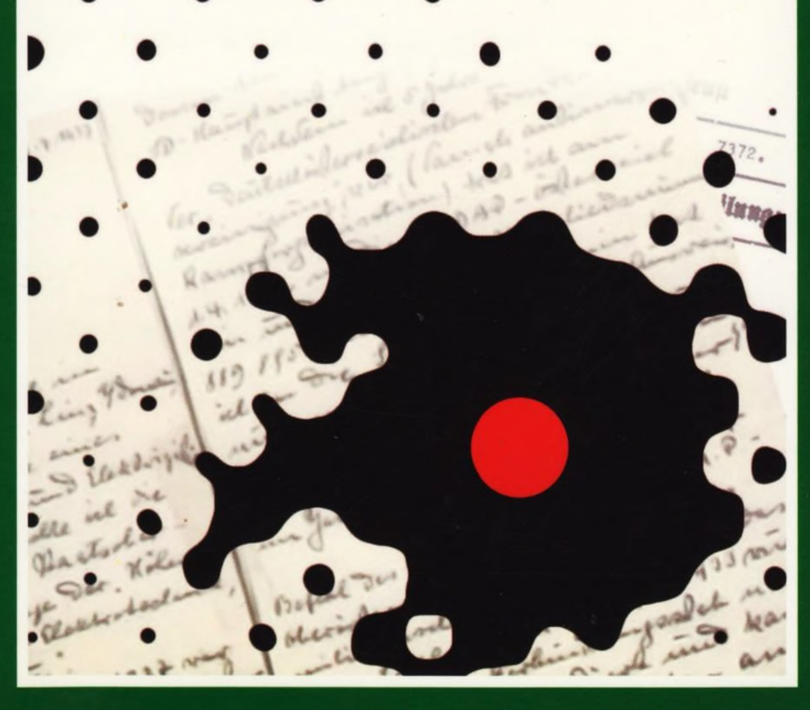
Filosofía

Michel Onfray

El sueño de Eichmann

Precedido de *Un kantiano entre los nazis*



gedisa
editorial

Michel Onfray

EL SUEÑO DE EICHMANN

Serie Cla•De•Ma
Filosofía

CLA•DE•MA
Filosofía

GIACOMO MARRAMAO *Minima temporalia*
Tiempo, espacio y experiencia

SAMUEL WALLERSTEIN *Las incertidumbres del tiempo*

SEYLA BENHABIB *Los derechos de los otros*
Extranjeros, residentes y ciudadanos

SEYLA BENHABIB *El ser y el otro en la ética contemporánea*
Feminismo, comunitarismo y posmodernismo

J. M. ESQUIROL *El respeto o la mirada atenta*
Una ética para la era de la ciencia y la tecnología

CORNELIUS CASTORIADIS *Los dominios del hombre*
Las encrucijadas del laberinto

MARIO BUNGE *Crisis y reconstrucción de la filosofía*

MARIO BUNGE *A la caza de la realidad*

HANNAH ARENDT *Tiempos presentes*

FINA BIRULÉS (comp.) *Hannah Arendt: El orgullo de pensar*

RICHARD RORTY *Filosofía y futuro*

MARTIN HEIDEGGER *Introducción a la metafísica*

EL SUEÑO DE EICHMANN

Precedido de

Un kantiano entre los nazis

Michel Onfray

Traducción de Alcira Bixio



Título del original francés: *Le Songe d'Eichmann*

Traducción: Alcira Bixio

Ilustración de cubierta: Kaffa

Realización: Ãtona, S. L.

Fotocomposición: gama, sl

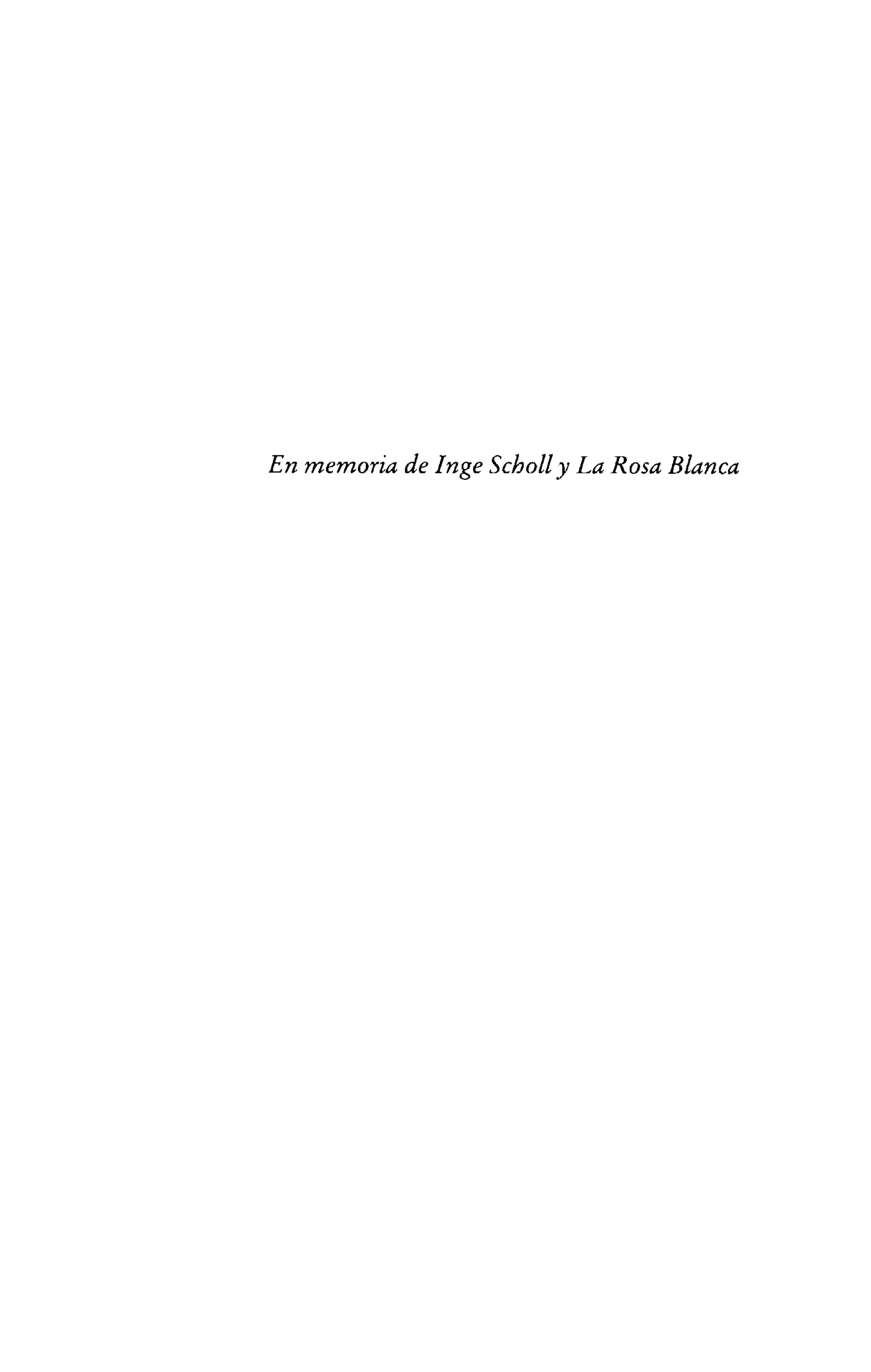
Primera edición: noviembre de 2009, Barcelona

Avenida del Tibidabo 12, 3°
08022 Barcelona (España)
Tel. 93 253 09 04
Fax 93 253 09 05
correo electrónico: gedisa@gedisa.com
http://www.gedisa.com

ISBN: 978-84-9784-315-7
Depósito legal: B-40.058-2009

Impreso por Sagrafic

Impreso en España
Printed in Spain



En memoria de Inge Scholl y La Rosa Blanca

El imperativo categórico tiene un resabio de crueldad.

F. NIETZSCHE
Genealogía de la moral
II parte, §6

Índice

Un kantiano entre los nazis

Habitualmente, cuando oye la palabra «nazismo», el vulgo menciona inmediatamente a Nietzsche. Desde el gran público considerado cultivado hasta ciertos filósofos posmodernos perdonavidas de Mayo del 68, acompañantes consecuentes del liberalismo y de los valores del catolicismo, pasando por algunos falsos avispados y extraviados verdaderos, todos encuentran en el autor de *Más allá del bien y del mal* un promotor de la esvástica, la quema del Reichstag, la noche de los cuchillos largos, el bigote de Hitler, los campos de la muerte, las cámaras de gas y el incendio de toda Europa.

Para esta ralea tenaz, a pesar de las innumerables pruebas en contrario, parecería que basta con agacharse para recoger del revoltijo nietzscheano todo lo necesario para completar el traje del incendiario nacional socialista modelo. Hay pruebas más que suficientes de textos del Nietzsche filosemita, interesado en cruzar la

excelencia de los pueblos de Goethe y de Moisés, capaz de pedir que se fusile a los antisemitas o de abandonar a su editor al descubrir que estaba implicado en la impresión de panfletos odiosos en contra del pueblo elegido, el Nietzsche que se disgustó con su hermana a causa de la militancia de ésta en las filas racistas. Pero nada de eso importa.

¿Se olvidan de agregar a todo esto que Nietzsche detestaba el estado, fustigaba el resentimiento, execraba los movimientos de masas y que, aunque es verdad que recurría a una lengua poética que lo llevaba a celebrar la guerra como una metáfora, la escarnecía, en cambio, cuando se trataba del enfrentamiento real en el campo de batalla? ¿Precisan acaso que el filósofo definía sus nociones cardinales —fuerza, debilidad, amo, esclavo, crueldad, piedad— en virtud de una metafísica directamente conectada con la capacidad de asumir el carácter trágico del eterno retorno y no respecto de la política y menos aún de la política partidaria? La cuchilla ya caída cortó la cabeza; por lo tanto ya no hay ninguna necesidad de revisar el expediente...

El antinietzscheanismo es una pasión que, por otra parte, alienta con la mayor frecuencia en los devotos de la razón. A veces los soñadores de autos de fe que consumen los libros de Nietzsche levantan la antorcha en una mano y sostienen la *Metafísica de las costumbres* en la otra. La moral de la intención, la pureza de la ley, la radicalidad de la moral, los postulados de la razón pura —¡ah, Dios, la libertad y la inmortalidad del alma, esos talismanes metafísicos tan útiles para recompensar a los

buenos y castigar a los malos!—, con el cielo estrellado sobre sus cabezas, la ley moral en sus corazones y la tea encendida en la mano, estos señores aman a sus semejantes, ciertamente —lo cual, en su lenguaje, se enuncia del modo siguiente: considerar al otro como un fin y no como un medio—, pero aman menos a su prójimo cuando éste les es demasiado ajeno. Ahora bien, el nietzscheano es el más ajeno de sus prójimos...

Cuál no sería mi asombro cuando, al leer *Eichmann en Jerusalén* de Hannah Arendt, descubrí que, durante el interrogatorio y el proceso que se le siguió en Israel, el criminal de guerra se reivindicaba no sólo como nietzscheano, cosa estúpidamente esperada por los brutos filosofantes, sino además como kantiano, reivindicación que suena tan estrepitosa como un cañonazo en un monasterio. ¡Eichmann kantiano! ¡Estupefacción, sobrecogimiento, sorpresa! Que uno de los actores de la solución final reivindique una existencia signada por la *Crítica de la razón práctica* es algo que merece un examen.

El primer movimiento corresponde a la reacción pavloviana: la formación universitaria no habitúa a sus estudiantes a asociar el nazismo con el kantismo. Kant desplegó su campamento intelectual del buen lado de la barricada, del lado donde se encuentran los que piensan bien, la gente honesta, los moralistas, los virtuosos, los puros, los aureolados, los cristianos sin sotana. La obra ética de Kant es el catecismo cristiano sin la retórica de san Sulpicio.

En realidad, la *Metafísica de las costumbres*, si no ya *La religión en los límites de la mera razón*, dan a cristia-

nos, idealistas y espiritualistas la ilusión de poder pensar como el papa disponiendo al mismo tiempo del lujo de poder expresarse en otra lengua, más precisamente en la palabrería del idealismo alemán, en la verborrea universitaria que produce los vahos mentales tan caros a los paladines de la filosofía dominante.

¿Y si, después del primer momento de denegación, miráramos más atentamente el asunto? ¿Si Eichmann, que invoca el imperativo categórico, no estuviera errado y el mecanismo filosófico de Kant se revelara compatible con la vida cotidiana de un nazi que efectúa su trabajo de monstruo? El hecho de que en toda la obra de Kant no exista un derecho ético y político a desobedecer, ¿no nos da la clave de ese doble personaje infernal: el kantiano nazi? Ésta será mi tesis.

¿Cómo se puso Eichmann en contacto con el pensamiento del filósofo prusiano? ¿Con quién? ¿Cuándo? ¿Con qué libros? ¿Contó con alguien que lo transportó hasta la orilla? Si así fuera, ¿quién fue? En la primavera de 1786, en Iena, dos contemporáneos de Kant se batieron en duelo porque uno de ellos afirmaba que hacían falta por lo menos treinta años de estudios en la universidad para penetrar en el secreto de la *Crítica de la razón pura* mientras que el otro creía que podía abordársela directamente. ¿Disponía Eichmann del caudal intelectual que le permitiera asimilar el contenido de la segunda crítica, ciertamente menos compleja que la de 1781?

El mentor que le inculcó las ideas del filósofo probablemente haya existido: se trataría del padre de Eichmann, Adolf (*sic*), un contable, creyente, piadoso, devoto, que disponía de una buena biblioteca clásica. El criminal de guerra manifestará haber leído además *El mundo como voluntad y representación* (¿tomado de los mismos anaqueles?), un obra que lo induce a pensar que la vía del libre albedrío es mucho más peligrosa que la de la religión.

No sorprende pues que Eichmann, hijo de un hombre que ocupó durante varios años una silla en el consejo presbiteral de la parroquia protestante de Linz y de una madre igualmente piadosa, creyente y practicante, huérfano de esa madre y luego hijastro de la nueva esposa tan estricta y pía como la anterior, siempre haya creído en Dios. Con la fe del carbonero, sobre el cadalso, lanzó invectivas diciendo que todos volverían a encontrarse...

De formación y cultura protestantes, practicante en su juventud, Eichmann abandona la Iglesia evangélica en 1937. Una vez afianzada su seguridad en América del Sur después de 1945, se convirtió al catolicismo para dar testimonio de su «profunda gratitud» a los sacerdotes que le permitieron salir de Europa y llegar a la Argentina por el canal de los monasterios y la red vaticana. Durante la instrucción de su proceso, dirá: «A lo largo de toda mi vida, estuve siempre apegado a la iglesia».

El pensamiento kantiano casi con seguridad formó parte de la educación familiar: en casa de los Eichmann debía apreciarse la religión pietista del filósofo prusiano, también él potentemente modelado por su madre, hasta el punto de que su Dios restaurado con la forma de un pos-

tulado de la razón pura práctica parece un signo de piedad filial consentido a los manes maternales en consideración a la audacia metafísica de la crítica que, de lo contrario, conducía directamente a su anulación. Esa religión cristiana constreñida en el corsé filosófico lingüístico kantiano lo tenía todo para complacer a aquel tipo de familia.

No esperemos del funcionario de la solución final una lectura filosófica o escrupulosa de la *Crítica de la razón práctica.* Podemos suponer ese tipo de lectura por parte de un nazi como Heidegger, o del hitleriano Hans Heyse, presidente de la Kant-Gesellschaft, nombrado por el régimen nacionalsocialista, por parte de Alfred Rosenberg, que elogia a Kant en *El mito del siglo XX*, y de Ernst Jünger, el autor de *El trabajador*, o hasta de Oswald Spengler, el signatario de la célebre *La decadencia de Occidente*, tan frecuentemente citada y tan rara vez leída. Pues todos esos *pensadores* nazis, muy amantes de Kant, tenían por profesión escribir libros de *filosofía*... Pero ¿Eichmann?

No hay ninguna necesidad de ser filósofo de formación ni de profesión, ni de ser ducho en las leyes de la epigrafía de la disciplina para tener derecho a leer una obra firmada por Platón, Descartes o Kant. No existe ninguna autorización previa para tener comercio con el pensamiento de un autor canónico. El profesor de filosofía no es el único en el mundo que dispone de un sésamo perpetuo —una vez obtenidos sus diplomas— para frecuentar la Academia, el Liceo, el Pórtico, el Jardín, la Estufa cartesiana, la Universidad de Könisberg o el anfiteatro de Iena. *A priori*, Eichmann dispone del derecho a

la filosofía, del derecho a filosofar, lo cual implica un derecho a leer, a impregnarse, a comprender, siempre que no produzca contrasentidos, errores de interpretación o lecturas caprichosas. Eichmann ¿leyó *mal* a Kant?

Cuando el acusado, en su banquillo, afirma haber vivido toda su existencia bajo el signo de Kant, al principio atrae hacia sí el desprecio del tribunal.. En medio del vigoroso intercambio, esta afirmación suena poco razonable. ¿Un nazi kantiano? ¡Imposible! El juez Raveh, sin embargo, vuelve sobre ese dato e interroga al criminal de guerra. Quiere precisiones y esclarecimientos. Eichmann se los da: ha querido vivir bajo el imperio del imperativo categórico. El magistrado ciñe su interrogatorio al imperativo y Eichmann le da una definición que, sin ser literal, tampoco traiciona el espíritu del concepto: «Yo quería decir, con respecto a Kant, que el principio de mi voluntad siempre debe ser tal que pueda llegar a ser el principio de leyes generales».

¿Qué dice el texto de la *Crítica de la razón práctica*? Literalmente: «Obra de manera tal que la máxima de tu voluntad pueda al mismo tiempo valer como principio de una legislación universal».[1] Lo cual, en realidad,

1. Emmanuel Kant, *Crítica de la razón práctica*. Citado de la traducción francesa de L. Ferry y H. Wismann, *Critique de la raison pratique* en *Œuvres philosophiques*, París, Gallimard, col. Bibliothèque de la Pléiade, 1985, t. II, 1.ª parte, libro I, cap. 2, § 7. Remito asimismo a la traducción de J. Gibelin y E. Wilson publicada por Vrin en 1974. [Las citas de Kant que aparecen a lo largo del texto han sido

constituye la «ley fundamental de la razón práctica». En otras palabras: el tercer teorema de la analítica de la razón práctica. En *La doctrina de la virtud* encontramos la misma idea formulada de otro modo: «Obra de tal manera que la máxima de tu acción pueda llegar a ser una ley universal».[2] Lo mismo que en los *Fundamentos de la metafísica de las costumbres*. A falta de una *literalidad* ejemplar, cualquiera puede juzgar la *conformidad del sentido*: el criminal de guerra no mutila al filósofo...

Hannah Arendt cree que Eichmann da «una definición aproximadamente correcta del imperativo categórico».[3] Estoy de acuerdo con lo de la corrección, pero no con lo de la aproximación. A esto sigue un análisis poco convincente de la filósofa estadounidense sobre el hecho de que «la filosofía moral de Kant está tan estrechamente unida a la facultad humana de juzgar que elimina en absoluto la obediencia ciega».[4] Según ella, Eichmann le hace decir a Kant lo contrario de lo que dice... Me temo que, desdichadamente, debo darle la razón a Eichmann y disentir con Arendt sobre esta cuestión técnica referente a la moral kantiana.

Pues ¿en qué facultad de juicio está pensando Arendt? ¿Juicio afirmativo? ¿Analítico y sintético? ¿Apodíctico?

---

traducidas directamente del francés con el objeto de respetar el expreso deseo del autor por una determinada traducción.]

2. E. Kant, *Méthaphysique des mœurs*, vol. 2, *Doctrine de la vertu*, traduc. franc. de A. Philonenko, París, Vrin, 1968, Introducción, § 6.

3. Hannah Arendt, *Eichmann en Jerusalén*, Barcelona, DeBolsillo, 2009, p. 199.

4. *Ibid, loc. cit.*

¿Asertórico? ¿Categórico? ¿Disyuntivo? ¿Extensivo? ¿Hipotético? ¿Idéntico? ¿Infinito? ¿Intuitivo? ¿Limitativo? ¿Negativo? ¿Particular? ¿Universal? ¿Problemático? ¿Singular? ¿De gusto? ¿De percepción? ¿De experiencia? ¿Sintético *a priori*? En las tres críticas hallamos otras tantas variantes de este concepto. A menos que sólo se trate de la burda facultad de someter un hecho al régimen corriente de la razón o de la conciencia.

Pero, en ese caso, la conciencia de un kantiano, aunque sea nazi, puede sentirse segura, en paz, tranquila, cuando el hombre se somete a los imperativos éticos y políticos del maestro prusiano que prescribe acatar la ley, menos porque es buena o capaz de procurar satisfacciones impuras —la autosatisfacción por realizar una acción justa—, que porque es la ley. De ahí la diferencia entre la *legalidad*, un valor positivo, ciertamente, pero que está situado muy por debajo, y la *moralidad* que es preferible porque supone la pureza de las intenciones.

Cumplir con el deber, ése es un valor positivo; la motivación por el deber mismo, todavía mejor. En su defensa, Eichmann no cesará de clamar que lo único que hizo fue cumplir su juramento nacionalsocialista ejecutando sin discutir las órdenes emanadas de sus superiores. Por lo tanto, obedeció la ley porque era la ley, por amor a su forma, independientemente del contenido y aunque éste fuera enviar al matadero a millones de personas.

Ese famoso *juicio* sin epíteto de que habla Arendt, ¿dispensaría pues de obedecer ciegamente? En ninguna parte, Kant dice que haya que examinar el contenido de la ley —ética o política— antes de decidirse a obedecerla

o a infringirla, a rebelarse contra ella o a observarla. ¿Es ésta la falla del pensamiento kantiano en la que puede precipitarse el nazismo? Esta idea no deja ningún lugar a la cuestión del examen de los contenidos, pues se limita a disponer que cada individuo sea un súbdito dócil de la ley moral y de la de su país. ¿Cómo podría Eichmann criticar semejantes proyectos filosóficos?

Según Hannah Arendt hay que entender que, para Kant, «todo hombre se convertía en un legislador desde el instante en que comenzaba a actuar; el hombre, al servirse de su "razón práctica", encontró los principios que podían y debían ser los principios de la ley».[5] Me temo que esta proposición sea infiel al pensamiento de Kant. En la lógica de la ética kantiana, el hombre nunca descubre los principios actuando: semejante hipótesis supondría que antes de la acción no existen principios, lo cual implicaría una acción motivada, no por algún principio predeterminado, sino por el azar. Así, a medida que va desarrollándose, guiada por nada, la acción haría emerger el principio que sólo entonces se haría visible. Esta hipótesis es impensable pues el principio preexiste a la acción sin la cual no existiría la razón práctica.

Antes de la razón práctica, hace falta el trabajo de la razón pura. ¿Y antes de la razón pura?, dirá el listo. La cuestión muy kantiana del fundamento paradójicamente hace tropezar y luego caer a Kant: lo que funda la razón práctica es la razón pura; lo que funda la razón pura son, a pesar de las contorsiones del abultado volumen que ya

5. H. Arendt, *Eichmann en Jerusalén, op. cit.*, p. 200.

conocemos, los tres postulados lanzados en la dialéctica transcendental: Dios, la libertad, la inmortalidad del alma, infernal trilogía que permite la reproducción del mundo (cristiano) tal como va... La *Crítica de la razón pura* da a luz una rata y, al mismo tiempo, una nube de humo que la acompaña y oculta la superchería...

Pasando muy rápidamente —demasiado rápidamente— por estos detalles de importancia que le niegan a Eichmann la capacidad de comprender a Kant, Hannah Arendt se propone además negarle la capacidad de capturar su complejidad. Algo que no habría que creer... Para hacerlo, Arendt sostiene que *probablemente* Eichmann haya hecho suya una verdadera perversión del imperativo categórico firmada por Hans Frank quien escribió: «Obrad de tal manera que el *Führer*, si tuviera conocimiento de vuestros actos, los aprobara». Lo cual produciría, según Arendt, la versión eichmanniana siguiente: «Obrad como si el principio de vuestros actos fuera el mismo que el de los legisladores o de las leyes del país». Eichmann por detestable que fuera, nunca avaló semejante idea, que no era en modo alguno kantiana.

En cambio, kantiano hasta el final, había efectivamente considerado que, obligado por la promesa de su juramento, comprometido a obedecer las leyes de su país, independientemente de cuál haya sido la genealogía del régimen —legal o ilegal y, quiérase o no, debemos recordar que la soberanía nacionalsocialista procedía del pueblo y de una elección democrática—, constreñido por su condición de funcionario que sólo tiene deberes y ningún derecho, había cumplido con su deber. Su deber nazi.

Si abandonamos el terreno de la moral kantiana para entrar en las comarcas de su filosofía política, encontramos compatibilidades semejantes entre el kantismo y el nazismo. La lectura de la primera parte de la *Metafísica de las costumbres*, la *Doctrina del derecho*, descubre puntos de convergencia sorprendentes. A pesar de la risa de Nietzsche que cubre la escena desde el comienzo, hundámonos en esa cloaca...

Eichmann no dice que haya leído ese fragmento de la *Metafísica de las costumbres* ni ninguna otra obra de Kant. Pero es fácil imaginar que el ambiente prusiano del hogar de los Eichmann no se habría inquietado tomando conocimiento de las ideas en materia de filosofía política que sostenía el profesor de Könisberg. El vulgo descuenta que el curioso de la Revolución Francesa derogó su regla del paseo cotidiano pautada como el papel pentagramado para disponer más rápidamente de las noticias que llegaban del París revolucionario. O hace sus delicias del supuesto inventor genial de un *Proyecto de paz perpetua* quien, en realidad, se contentó con apropiarse del plan de Charles-Irénée Castel, el abad de Saint-Pierre, polígrafo furioso y reformador de la baja Normandía demasiado desconocido.

Con todo, olvidamos un dato menos políticamente correcto: que Kant fue también defensor de la superioridad de la raza blanca respecto de los negros —cuyo mal olor deploraba en sus escritos de filosofía de la historia—, autor de algunas fórmulas antisemitas, militante

furioso de la pena de muerte, abominador de todo regicidio, defensor estricto de los derechos del estado y de los deberes de los ciudadanos, teórico de la interdicción de toda revolución popular, fue el pensador de la obediencia ciegamente debida a la autoridad —que limita la rebelión al exclusivo ámbito del fuero interno— y otras posiciones que difícilmente molestarían a un nacionalsocialista...

Encontramos la misma dificultad en la justificación kantiana del exilio o de la «deportación» de indeseables cómplices de crímenes. La palabra «deportación»[6] hoy suena de manera siniestra... Cuando se coloca a un hombre fuera de la ley, no hay nada más fácil que someterlo, primero, a la extraterritorialidad ontológica y, luego, a la *física*... El proyecto de una colonia judía en el que trabaja Eichmann en un comienzo entra perfectamente en la lógica de la deportación kantiana, puesto que la ley legal y legítima había decidido la ilegalidad de los judíos.

Detengámonos más dilatadamente en algunas páginas aterradoras que son la quintaesencia de esta visión del mundo kantiano desapegada de todo lo que se encuentra fuera de la ley, de todo lo que se produce en los márgenes. Kant justifica la pena de muerte para quien ha sido hallado culpable de un crimen. (Los abolicionistas son sumamente escasos en la historia de la filosofía y, entre los grandes nombres del pensamiento occi-

6. Retomo la traducción realizada por mi ex profesor Alexis Philonenko para la editorial Vrin.

dental, los defensores del castigo último son mucho más numerosos de lo que se cree: Platón, Rousseau, Kant, Hegel, Schopenhauer, Sartre, ciertamente, pero también y más curiosamente, Locke, Voltaire, los enciclopedistas, Diderot, Montesquieu, La Mettrie, D'Holbach...)

Pero, más sorprendente aún, Kant se confiesa dubitativo en dos casos. *Y su vacilación revela la naturaleza profunda del kantismo.* Se puede, pues, dar muerte a quien ha dado muerte, sin duda. Pero, en el caso del infanticidio y del duelo, Kant cree observar un problema. ¿Qué problema? Cuidado: ¿cómo justificar el recurso o el uso de la ley en caso de delitos cometidos contra personas que están fuera de la ley, o sea, que no existen *realmente* puesto que no existen *jurídicamente*?

Expliquémoslo detalladamente: un niño nacido fuera del matrimonio no tiene existencia legal. Por lo tanto, no tiene ninguna existencia. Dos duelistas que se enfrentan en un campo a pesar de que las leyes prohíben hacerlo, tampoco tienen existencia legal. Por lo tanto, no existen. ¿Recriminaciones? ¿Asombro? Detalles sin importancia. A los ojos de Kant, lo que no existe por la ley, para la ley y en la ley sencillamente no existe en absoluto. ¿Lo real? Una ficción. ¿La Idea? La única realidad. El sujeto de derecho dispone de un ser noúmeno que hace posible su ser fenomenológico. Fuera del derecho, no hay nada más.

Extrapolemos, pero sólo un poco. Cuando el régimen nacionalsocialista, emanado de una legitimidad democrática, llevado al poder en enero de 1933 por una verdadera

soberanía popular, con absoluta legalidad, hace funcionar las instituciones que deciden que los judíos no disponen ya del derecho de considerarse ciudadanos del Reich y por lo tanto de declararse protegidos por ese derecho; cuando el derecho mismo avala en los textos la inexistencia jurídica de esta categoría de hombres que súbitamente escapan a la regla común, los juristas nazis ¿se comportan de algún modo diferente de Kant, cuando establece que un niño nacido fuera de la legalidad del matrimonio no es un sujeto de derecho o que un duelista que se sitúa fuera de la ley no puede recurrir a la justicia dictada por el derecho? Los padres infanticidas, el homicida sobreviviente del duelo, los nazis que efectúan su trabajo, todos cometen su crimen en un terreno que la ley no cubre, un campo no tocado por la regulación del derecho, por consiguiente, no son justiciables... ¡Escalofriante!

En su condición de figura emblemática de la filosofía occidental, Kant arrastra tras de sí una cohorte de reputaciones grabadas en el mármol: pensador de la moral, filósofo de la pureza, teórico de la paz perpetua, sabio de la república laica, parangón de la Ilustración. El conjunto constituye una tarjeta postal con la que muchos se dan por satisfechos. Los textos presentados en los manuales, los trozos escogidos de las antología completan el retrato.

Pero, si uno lee los textos, sin la mediación de la institución, como un individuo libre, ¿qué descubre? A veces lo inverso de lo que sostiene el saber popular... Es el

caso, por ejemplo, del texto de *¿Qué es la Ilustración?* Estas páginas se han convertido en una estribillo musical para las clases superiores pues le permiten al examinador plantear una pregunta obvia —útil para verificar fácilmente el trabajo y controlar los conocimientos...— con su respuesta igualmente estereotipada. Pregunta: ¿Qué es la Ilustración? Respuesta: «El coraje de valerse del propio entendimiento». Un golpecito de latín: «sapere aude» (sin decir nunca que la expresión es de Gassendi que la obtuvo a su vez de Horacio. Pero el epicureísmo en el templo de la razón clásica, no es de buen tono...) y eso es todo.

La totalidad del breve texto dice, sin embargo, algo muy diferente y algunas cosas mucho más distantes de la Ilustración de lo que permite creer la (falsa) reputación de ese artículo de 1784, comentado por un Michel Foucault que, también él, refrenda la tarjeta postal. Kant precisa, en efecto, las condiciones de ejercicio de esa razón, pues no se trata de hacerla funcionar de cualquier modo, vale decir, *libremente*. Kant adora los límites, los márgenes, lo que contiene, retiene. Sus tres críticas limitan los usos de la razón, de la acción y del juicio. Su opúsculo sobre la Ilustración también.

Kant distingue entre el «uso público» y el «uso privado» de la razón. Si hemos de creer en el simple buen sentido, privado significa reservado para uno mismo, mientras que lo público es aquello destinado al prójimo. Pero el buen sentido y Kant no son la misma cosa. El uso público kantiano cubre únicamente el uso restringido a la comunidad de los lectores y, por lo tanto, el uso

semiprivado, a juzgar por la abundancia de lectores con que cuentan los filósofos... El uso privado, por su parte, definía, no el círculo restringido, sino el campo de lo que —en términos contemporáneos— se llama el funcionario: el titular de un «cargo civil». Y, sobre este punto, Kant no admite ninguna tergiversación: un funcionario «en su condición de tal, no tiene derecho a razonar».

Una vez operado ese quiasma, el filósofo reduce el uso de la razón a fines elitistas, en otras palabras, a la comunidad filosófica, pero de ningún modo al pueblo o a la mayoría. Postura clásica del siglo XVIII, cuando nadie siente simpatía por el populacho. Permanezcamos entre nosotros... En ese mismo espíritu, Kant prohíbe el uso de la razón a los empleados del estado o de la religión. El militar, el profesor, el sacerdote, el financiero pueden pues pensar lo que quieran, escribirlo para comunicarlo e intercambiar ideas con sus colegas, pero en todos los casos, incluidos y sobre todo los casos de duda, de incertidumbre, de cuestionamiento, deben obedecer a su jerarquía. (En uno de sus *Propósitos*, Alain [Émile-August Chartier], como buen discípulo, formula la misma idea invitando a «obedecer resistiendo», posición filosófica que, concretamente, llevó a este antimilitarista pacífico a alistarse para combatir en la primera guerra mundial...) Federico II fascinaba al pensador prusiano hasta el punto de tomarle en préstamo una fórmula: «Razonad cuanto queráis y sobre todos los temas que os plazca, pero obedeced». He aquí la endeble claridad de la versión kantiana de la Ilustración...

En la *Doctrina del derecho*, Kant escribe: «Obedeced a la autoridad que tiene poder sobre vosotros». Poco importa de qué modo alcanzó el poder o fue legitimada esa autoridad, aun cuando proceda de la ilegalidad. En ese texto de 1796, el prusiano está pensando en los momentos violentos de la Revolución Francesa, particularmente en la decapitación de Luis XVI, acto que reprueba absolutamente. El Directorio gobierna la Francia republicana del Año IV y, aunque descienda en línea recta de un regicidio ilegal, hay que someterse a su ley.

El mismo Kant prohíbe que el pueblo se resista a los «abusos» y lo «insoportable» cometido por un tirano. Leamos este texto terrible:

> El principio del deber que tiene el pueblo de soportar el abuso del poder supremo, aun cuando resulte insoportable, consiste en que su resistencia contra la legislación suprema nunca puede alcanzar la ilegalidad y mucho menos terminar anulando toda la constitución legal.[7]

En ocasiones bien puede ser necesario modificar la Constitución (mala) del estado, pero el único que puede efectuar esa modificación es el soberano mismo mediante una reforma; nunca puede hacerlo el pueblo, mediante una revolución...

Veamos qué dice en *Teoría y práctica* (1793):

7. E. Kant, *Méthaphysique des mœurs*, vol. 1, *Doctrine du droit*, traducción francesa de A. Philonenko, París, Vrin, 1971, p. 203.

> Toda oposición al poder legislativo supremo, toda insurrección destinada a traducir en actos el descontento de los sujetos, toda sublevación que estalle en rebelión es, en una república, el crimen más grave y condenable, porque socava los fundamentos mismos del sistema republicano.[8]

¿Qué mejor manera de expresar la obligación de obedecer a toda ley política en vigor, independientemente de su genealogía y de su contenido?

Imaginemos a Eichmann leyendo estas frases o escuchando su contenido de boca de un padre inquieto por iniciar a su hijo en la derechura ética de la filosofía kantiana: el funcionario no tiene derecho a desobedecer una orden; tiene el poder de pensar lo que quiera, es verdad, pero siempre en el marco de su fuero interno, hasta dentro de los límites de una publicidad limitada de sus observaciones dirigidas a un público ilustrado. En ningún caso el ejercicio libre de su razón lo dispensa de su deber de obedecer las órdenes; en caso de «abuso» —aun de abuso «insoportable», lo cual abarca la persecución de los judíos, su deportación y su exterminio—, no tiene derecho a rebelarse sino que debe esperar que el deseado cambio de rumbo se produzca mediante una reforma propuesta por el soberano, en aquel caso Adolf Hitler. ¿Esperar del *Führer* una reforma de su propia política

8. *Ibid*, *Théorie et pratique*, 2.ª parte, *Du rapport de la théorie et de la pratique dans le droit politique*, traducción francesa de L. Guillermit, París, Vrin, 1980, p. 42.

de exterminio de los judíos de Europa? Y *¿qué hacer* mientras espera uno ese muy hipotético día?

Como desdichadamente mostró la historia, sucedió todo lo contrario: Hitler aumentó la potencia tanatológica de su tratamiento de la *cuestión* judía. Desde las imprecaciones antisemitas del pequeño cabo en las cervecerías de Múnich a los eructos del autor de *Mein Kampf* —que Eichmann nunca leyó—; del *Führer* de Alemania desencadenando la noche de cristal, abriendo los primeros campos de concentración, persiguiendo a los portadores de la estrella amarilla, hasta quien, en la conferencia de Wannsee —a la que asistió Eichmann—, decidió la destrucción física del pueblo judío, los grados del descenso hacia una abyección cada vez más profunda son visibles y legibles. No parecía que hubiera muchas posibilidades de que Hitler diera marcha atrás. ¿Qué hace Eichmann mientras espera la conversión del dictador, puesto que debe obedecer y al mismo tiempo resistirse mentalmente? (Lo cual constituirá la fórmula del anarca jüngeriano, véase *Heliópolis...*) ¿Qué actitud adoptar en la esperanza kantiana de una reforma antinazi decidida por el jefe supremo de los nazis?

Eichmann afirma con frecuencia que nunca fue antisemita. Mejor aún, se proclama sionista. ¿Debe uno creerle bajo palabra? El 1.° de abril de 1932 se afilia al partido nazi y consigue trabajo, empleado en varias empresas. ¿Sus motivaciones? Militar en la organización nacionalsocialista que da trabajo y pan a siete millones de desem-

pleados, construye autopistas y le devuelve la dignidad al pueblo alemán luchando contra el tratado de Versalles. De ninguna manera por odio a los judíos, asegura.

Despedido en Austria por pertenecer al Partido Obrero Nacionalsocialista Alemán, se enrola en el ejército alemán y trepa los peldaños. El estado mayor nacionalsocialista lo pone a cargo de la cuestión judía y Eichmann trabaja en el posible desplazamiento de las poblaciones judías a países africanos (Madagascar) o del Medio Oriente (Palestina). Concienzudo, aprende el hebreo, lengua que llega a hablar muy bien según afirman los miembros de los consejos judíos con los cuales trabaja. Lee mucho, sobre todo, libros referentes a la historia y la cultura del pueblo elegido. Funcionario modelo al que se le ha asignado una tarea, Eichmann la cumple al pie de la letra, sin dejarse influir por sus estados de ánimo, con el celo que hace gozar al que la ejecuta. Kantiano modelo, si hemos de creer lo que se dice en *De un tono de distinción adoptado recientemente en filosofía* (1796) donde Kant detalla el tipo de placer asociado al ejercicio de la moralidad...

En el otoño de 1941 se produce una ruptura, cuando, sin recibir ninguna información adicional, Eichmann debe marchar a Chelmo para participar en una «operación antijudía». Llegado al lugar, descubre que encierran a los judíos desnudos en un camión y los exterminan dirigiendo los gases del tubo de escape hacia el habitáculo herméticamente cerrado. Asiste a la descarga de los cadáveres y a la extracción de los dientes de oro. Durante la instrucción, experimenta un espanto tal que le impide

durante varios días redactar su informe. La jerarquía lo envía nuevamente a inspeccionar lugares: Minsk, Lemberg (Lvov), Auschwitz. En todos esos campos asiste a ejecuciones de personas, incluso de niños en brazos de sus madres, que esperan de pie, en la fosa donde se los va a enterrar; comprueba *de visu* la existencia y el funcionamiento de las cámaras de gas; un día ve surgir bajo sus pies un manantial de sangre provocado por la fermentación de los cuerpos sepultados en una fosa común. Kantiano, dice sentirse asqueado, repugnado, estupefacto, excluido, pero todo eso en su conciencia, pues, a pesar de todo, obedece.

Al regresar de sus viajes por el infierno de los hombres, Eichmann habría podido retomar su Kant y releer esta frase de *¿Qué es la Ilustración?*, que habría puesto un bálsamo en su corazón:

> Sería muy peligroso que un oficial que ha recibido una orden de un superior quisiera razonar en su servicio sobre la oportunidad o la utilidad de dicha orden; debe obedecer.[9]

Fórmula emblemática de la Ilustración... como cualquiera puede darse cuenta. Leámosla de otro modo, expresada de manera más directamente contundente: «Sería muy peligroso que el oficial Eichmann, que ha recibido una orden de su superior Müller, quisiera razonar en su

9. E. Kant, *Qu'est-ce que les Lumieres?*, traducción francesa de J.-F. Poirier y F. Proust, París, GF-Flammarion, 2006, § 5.

servicio sobre la oportunidad o la utilidad de esa orden; debe obedecer». El mismo Hitler en persona podría haber firmado esta frase kantiana...

Eichmann siempre dijo que había sido fiel a su juramento y que a un militar no puede exigírsele otra cosa. ¿Habría encontrado Kant algo censurable en esto? De ninguna manera. En la sexta proposición de *Ideas para una historia universal en clave cosmopolita* (1784), el filósofo escribe:

> El hombre es un animal que, desde el momento en que vive entre otros individuos de su especie, tiene necesidad de un amo que lo obligue a obedecer a una voluntad universal válida.[10]

¿Por qué no un *Führer* (que significa «conductor»)? Mi directora de tesis,[11] quien me encomendó un trabajo sobre Kant en la universidad, entendía que ese «amo que lo obligue a obedecer» no tenía que ser necesariamente un ser de carne y hueso, de vicios y de odio, sino que bien podía ser un concepto, una idea de la razón, en otras palabras, el derecho... La lectura de las frases siguientes del opúsculo no sugieren de ningún modo se-

10. E. Kant, *Idée d'une histoire universelle au point de vue cosmopolitique*, en *Histoire et politique*, traducción francesa de G. Leroy, París, Vrin, 1998, prop. VI.

11. Véase Simone Goyard-Faver, *Kant et le problème du droit*, París, Vrin, 1975.

mejante interpretación. Que el lector juzgue: «Pero ¿dónde habrá de encontrar a ese amo? En ninguna otra parte sino en la especie humana».[12] Por supuesto, podemos decir que ese amo es a su vez esclavo de una idea que está por encima de él: la Justicia, la Constitución, el Pueblo de quien se reconoce servidor. Pero el dictador siempre obra en nombre de ideas que supuestamente inspiran sus acciones: el Partido, el Estado, la Nación, la Raza, el Pueblo.

Ahora bien, en la Alemania nazi, ese amo es el *Führer*, emanación legal de un soberano constituido por el sufragio universal: Adolf Hitler encarna el resultado de las lógicas constitucionales democráticas. Por lo demás, en una lógica kantiana, aunque hubiese obtenido su puesto de canciller por medio de un golpe de estado, una revolución sangrienta, una serie de asesinatos o de malversaciones debidamente comprobadas, los súbditos sometidos a la nueva ley tendrían que obedecerla sólo porque era la Ley. Violar la ley para dar nacimiento a la ley genera un nacimiento legal y legítimo. ¡Concesión más fácil de hacer en el caso del poder que en el caso de los hijos nacidos fuera del matrimonio!

En la *Doctrina del derecho*, Kant enseña que «los juramentos de fidelidad ... habitualmente tienen el carácter de promesas en las cuales uno declara su seria intención de cumplir las funciones asignadas de conformidad

12. E. Kant, *Idée d'une hisoire universelle au point de vue cosmopolitique, op. cit.*, prop. VI.

con su deber».[13] Y luego agrega: el juramento permite «aguijonear la conciencia». Cualquiera que se libere de la promesa hecha bajo juramento descalifica la fuente del derecho, pecado mortal para Kant quien, siguiendo el mismo principio, prohíbe formalmente recurrir a la mentira (véase *Sobre un supuesto derecho a mentir por motivos altruistas*). Renunciar al derecho de rebelarse, de sublevarse, de resistir, de desobedecer, implica a la vez renunciar a desligarse. Para el profesor, los principios son mucho más preciosos que los hombres...

Hagamos un poco de historia previa: en febrero de 1758, la ciudad prusiana de Könisberg presta juramento al invasor ruso en un acto de adhesión a la emperatriz Catalina II. En su carácter de *Privatdozent*, el futuro autor de la *Doctrina de la virtud* se compromete a servir a la zarina. Algún tiempo después, da cursos privados de matemáticas, de fortificación, de estrategia y de pirotecnia a oficiales del ejército de ocupación. En otras épocas, bajo otros cielos, esa clase de instrucción se consideraba *colaboración.*

Eichmann no dejó de clamarlo: ha sido fiel, *virtud kantiana*, ha obedecido, *virtud kantiana*; se ha sometido, *virtud kantiana*; se prohibió resistirse a la legitimidad del poder instaurado, *virtud kantiana*; nunca mató, ni siquiera impartió la orden de matar, *virtud kantiana*; siguió escrupulosamente las órdenes que procedían de las leyes, *virtud kantiana*; hizo cumplir las disposiciones legales atendiendo a las normas de aplicación, siguiendo

13. E. Kant, *Doctrine du droit, op. cit.*, p. 186.

los reglamentos de la policía y en virtud de decretos legales, *virtudes kantianas...*

Por otra parte, ese gobierno había surgido de una legitimidad interna, el voto del pueblo alemán, ciertamente, pero asimismo tenía una legitimidad internacional, pues, como precisó el mismo Eichmann, todos los países cultos del planeta disponían de representaciones diplomáticas en las ciudades del Reich nacionalsocialista. ¿Cómo podía él, mero funcionario del estado nazi, pequeño rodamiento de una inmensa maquinaria, cambiar el curso de la historia cuando su pueblo entero y los demás pueblos sostenían a aquel hombre y su política? Habría sido inútil rebelarse, pues de todas maneras, las cosas habrían continuado igual sin él, a pesar de él y de sus sentimientos. Además, si hubiera decidido rebelarse, habría debido comparecer ante el consejo de guerra y habría sido fusilado pues, en el Reich nacionalsocialista, toda insubordinación se castigaba con la muerte.

Por lo demás, en tiempos de guerra, no hay orden ilegal; de todas maneras, es impensable que un oficial discuta la orden de un superior o que la justifique ante un subalterno; y además, su trabajo de organizador de los convoyes de trenes que conducían a miles de personas a una muerte que él no había decidido, elegido, querido, ¿qué diferencia tenía con la del aviador aliado que, obedeciendo órdenes de sus jefes de escuadrilla, arrasaba una ciudad alemana con una alfombra de bombas, sabiendo que estaba exterminando fríamente a mujeres, niños y ancianos sin ninguna responsabilidad directa del crimen de guerra nazi?

Iniciando una larga tradición de la politiquería, Eichmann alegó ser responsable pero no culpable. Responsable de «complicidad por secundar a criminales», sí, pero no culpable de crímenes de guerra ni de un crimen contra la Humanidad. «En el fondo, Eichmann no fue más que un ejecutor», escribía Jochen von Lang como conclusión de la obra que informa y comenta el breve desarrollo del interrogatorio.[14] En realidad, el hombre podía muy bien alegar que había llevado una vida kantiana en la medida que uno podía hacerlo en la época que le tocó vivir y en concordancia con la historia de su tiempo.

Terminemos con Kant y pidámosle algunas razones que permitan comprender semejante tragedia personal y nacional. Vayamos por última vez al encuentro de su texto y, más particularmente, a su *Antropología en el sentido pragmático* (1798). Inmediatamente después de una salva de aforismos de la más ignominiosa misoginia, el anciano —éste fue su último libro— nos habla del carácter de los pueblos... Tema tan resbaladizo como el de la caracterología o el de la fisiognomía a los que dedica abundantes pasajes.

Los alemanes, escribe Kant, son los más aptos para adaptarse al gobierno que los rige; detestan oponerse al orden establecido; repudian los desórdenes y los cambios; aun cuando no hace falta el talento, el pueblo ale-

14. Véase Jochen von Lang, *Eichmann: l'interrogatoire*, París, Belfond, 1984.

mán «se destaca en todo lo que puede ejecutarse gracias a una aplicación obstinada»; educan a sus hijos con rigor y muestran un agudo sentido de la moral; confiesan su «inclinación por el orden y la regla» y, finalmente, ese famoso pueblo «se somete al despotismo antes que embarcarse en novedades ... Éste es su lado positivo».[15] Una vez más, uno puede no estar de acuerdo con él.

Evidentemente, recurrir al espíritu de los pueblos y a otras consideraciones sobre las cualidades y defectos de las razas no sirve para explicar ni hacer comprender la furia de una nación obsesionada por el triunfo de la pulsión de muerte en toda Europa hasta el suicidio de su alma maldita en 1945 en su búnker de Berlín. El objeto de este breve texto no es esbozar un cuadro de las genealogías múltiples de la catástrofe. Por el contrario, conviene decir cómo se puede, al menos en filosofía, hacerla imposible.

Kant es culpable —y con él también lo es el kantismo— de razonar alejado de la realidad del mundo, de la gente, de los hombres, como el habitante cándido del cielo de las ideas que tanto hacía reír —ya— a Aristófanes con la camarilla platónica. No obstante, el filósofo del «mal radical» (véase *La religión dentro de los límites de la mera razón*) y de la «sociabilidad insociable» (léase *Ideas de una historia universal en clave cosmopolita*) disponía, con esos dos instrumentos, de grandes elementos previos para proponer una política de lo posible

15. E. Kant, *Anthropologie du point de vue pragmatique*, traducción francesa de M. Foucault, París, Vrin, p. 258.

situada en las antípodas de una política de lo ideal. Pero, para hacerlo, debería haber sostenido esas dos certidumbres filosóficas con relación a datos antropológicos y no respecto de verdades ontológicas o metafísicas.

Pues si la negatividad corroe a los hombres —cosa que creo firmemente—, la solución no es darles la espalda para atesorar las ideas y no vivir sino en ellas, por ellas y para ellas, sino que estriba en abrir intelectualmente la propia visión del mundo en una perspectiva dialéctica que permita prevenir, abolir o corregir las manifestaciones del mal radical o la parte insociable de la insociable sociabilidad de los hombres.

¿Qué le falta a Kant? Puertas de emergencia para salir de su mundo de ideas puras que evita la realidad de los hombres, su fenomenalidad. En materia de ética, al igual que en política, al kantismo le falta el derecho a desobedecer (lo arbitrario), de negarse (a la injusticia), de resistirse (a la opresión), de rebelarse (contra la iniquidad), de decirle no a la ley (inicua), de recusar el derecho (de clase o de casta), de impugnar las reglas (despóticas). Pero si Kant se hubiese abastecido de semejante arsenal, se llamaría Thoreau o Bakunin...

El sueño de Eichmann

Personajes

Kant, *un hombre octogenario*
Eichmann, *un hombre de cincuenta y seis años*
Nietzsche, *un hombre quincuagenario*

Un carcelero
Un médico

La voz de una mujer (que recita un texto de Hannah Arendt)

Entre el 30 y el 31 de mayo de 1962, en la celda de Eichmann, la noche anterior a su ejecución.

Eichmann duerme.

En el fondo del escenario, una pantalla (que constituye un segundo escenario sobre el primero) por donde desfilan a cámara lenta imágenes de Hitler en su automóvil. El Führer parece deslizarse por encima de la multitud. Música de Pascal Dusapin.

Sobre una mesa hay dos o tres libros, un cuaderno, un lápiz, una botella de agua y un vaso. Más atrás, una cama y una mesita de noche con un libro y unas gafas y, junto a ella, una silla.

Sobre el escenario pero fuera de la escena de la celda, se observa una tumbona. En ella está echado Nietzsche, cubierto por un tejido de color crudo hasta el mentón. Se lo reconoce por su grueso bigote. Sus intervenciones tienen siempre un tono irónico, lapidario, cómico, sentencioso.

Al levantarse el telón, hay una completa oscuridad. El espectador descubre la disposición escenográfica de esta situación poco a poco, a medida que aumenta la intensidad de la iluminación. Se trata de sugerir la ensoñación y luego el sueño, con un hábil juego de luces y claroscuros. El conjunto se muestra en una relativa oscuridad. Los personajes evolucionan en una zona de luz cenital que acompaña sus movimientos.

Un guardia realiza sus rondas por una pasarela metálica desde donde se domina la celda. El hombre va y viene a intervalos regulares observando lo que sucede debajo.

Kant viste su ropa de época: chaleco amarillo, levita parda, medias claras, pantalón gris, zapatos de lazo, peluca blanca con una coleta atada con cinta.

Eichmann viste el uniforme caqui de los prisioneros.

KANT *(casi en voz baja)*: Eichmann... *(Elevando apenas la voz.)* Eichmann...

Eichmann se vuelve en la cama sin despertarse.

KANT: Eichmann...

Eichmann se despierta, asombrado, pero no dice nada.

KANT: Despierte, tengo que hablar con usted.

EICHMANN *(se despierta, se sienta en la cama, se coloca las gafas que ha tomado de la mesita de noche y se pregunta qué está sucediendo)*: ¿Qué pasa? ¿Es usted Kant? ¿Emmanuel Kant?

KANT: Sí, soy yo...

NIETZSCHE *(sin dar crédito a sus ojos, dirigiéndose únicamente al público como lo hará de ahora en adelante)*: ¡Pues vaya! ¡El mismo chino de Königsberg... No lo puedo creer!

KANT: Quería decirle... *(Una pausa. Kant busca las palabras.)* Digamos que desde que supe que usted se declara seguidor de mi filosofía para explicar su pasado criminal, no tengo la conciencia en paz... *(Silencio.)* Quisiera hacerle algunas preguntas, realmente me gustaría comprender... *(Silencio.)* Usted le dijo al tribunal que durante toda su vida había intentado vivir siguiendo los principios de mi filosofía... *(Silencio.)* Eso es lo que dijo, ¿no es verdad? *(Silencio. Eichmann no responde.)* Si es así, debo decirle que, ni siquiera después de mi muerte había previsto yo semejante contrariedad, nunca algo así... *(Da unos pasos por la celda. Preocupado, trata de encontrar las palabras. Después de un silencio, vuelve a hablar.)*

Mientras tanto, Eichmann se incorpora en la cama y adopta una actitud atenta esperando la continuación.

KANT: Empecemos por el principio... Algún día tiene usted que haber tomado conocimiento de mi filosofía... ¿no? ¿Cuándo ocurrió? *(Silencio.)* ¿Cuándo y cómo? ¿Con quién? *(Silencio.)* Y, en primer lugar, ¿me leyó usted verdaderamente?

EICHMANN: Sí, sí, lo he leído...

KANT: Pero, entonces, ¿qué? ¿Qué leyó usted? Quiero decir, ¿cuál de mis libros leyó?

EICHMANN: *Crítica de la razón práctica...*

KANT *(incrédulo)*: ¡No!

EICHMANN: Sí, lo leí con mi padre.

KANT: ¿Su padre?

EICHMANN: Sí, mi padre.

KANT: ¿Era profesor de filosofía?

EICHMANN: No, de ningún modo... Era contable en una compañía de electricidad. Pero eso no es un obstáculo para leer sus libros, ¿no?

KANT *(dubitativo)*: No, por supuesto que no, pero... *(Deja la frase en suspenso.)*

EICHMANN: Mi padre era creyente, muy practicante. Iba a la iglesia todos los domingos. Mi madre, mis hermanos, mi hermana y yo íbamos con él. Por la tarde también asistíamos con él a la Asociación de Jóvenes Cristianos. Mi padre pertenecía además al consejo presbiteriano de la parroquia protestante de Linz, la ciudad donde vivíamos.

KANT: ¿Y su madre?

EICHMANN: Mi madre murió cuando yo tenía diez años. También era muy piadosa y cristiana practicante. Después mi padre volvió a casarse con una mujer que también era creyente e iba a la iglesia asiduamente.

KANT: ¿Y la filosofía?

EICHMANN: A mi padre le gustaba mucho leer. Y lamentaba que en aquella época yo leyera tan poco. Tenía una espléndida biblioteca llena de clásicos. Él fue quien me dio su *Crítica* y también me hizo leer a Schopenhauer. Con él comprendí que la vía de la religión es mucho más fácil que la del libre albedrío...

KANT: ¿Y le resultó fácil leerme? Digamos..., ¿me comprendió? ¿Está seguro de haberme comprendido bien?

EICHMANN: No, no fue fácil, por supuesto, pero mi padre leía conmigo y me ayudaba a comprender lo que usted decía. Hablábamos de los temas que él consideraba importantes y me daba ejemplos...

KANT: ¿Ejemplos?

EICHMANN: Sí, para hacerme comprender la teoría, me pintaba una situación que hacía más claro el pensamiento.

KANT: Por ejemplo...

EICHMANN: Por ejemplo, sobre el imperativo categórico...

KANT: ¿Ah, sí? *(Dudando.)* ¿Y usted podría decirme algo más del imperativo categórico?

EICHMANN: Sí, por supuesto...

KANT: Por ejemplo, ¿qué es el imperativo categórico?

EICHMANN: Por supuesto... Yo diría... *(Se detiene un momento y, como si recitara una lección, continúa.)* El principio que rija mi voluntad debe ser siempre de tal condición que pueda constituir el principio de leyes generales...

KANT *(sorprendido)*: Sí, sí... A grandes rasgos, es eso...

EICHMANN: ¿Cómo «a grandes rasgos»...?

KANT: No, bueno sí, es eso... En el espíritu, indudablemente.

NIETZSCHE: ¡Tartufo!

KANT *(retomando su ímpetu y luego con tono erudito)*: Digamos... *(Momento de vacilación.)* Yo escribí precisamente: «Obra de tal manera que la máxima de tu voluntad pueda al mismo tiempo valer siempre como principio de una legislación universal». Por lo tanto, sí, podemos decir que lo que usted dijo...

EICHMANN: Bien, sí...

KANT: ¿Entonces?

EICHMANN: Entonces yo intenté poner en práctica esta idea y vivir toda mi vida según ese principio.

KANT: ¿Y con esa idea contribuyó a dar muerte a millones de personas organizando formaciones de trenes que los conducían a los campos de exterminio? ¿Cree usted que puede uno poner en práctica mi filosofía exigente, austera, rigurosa y difícil, y desembocar sin más en una aberración semejante? *(Se calla un momento, reflexiona*

y retoma su discurso.) ¿Sabe usted que en mis tiempos hubo estudiantes que se batieron a duelo porque uno sostenía que para comprender, y digo bien *comprender* *(hace hincapié en la palabra)* mi filosofía, hacía falta pasar al menos treinta años estudiándola en la universidad? Hasta mis amigos me han reprochado la dificultad de mi escritura. Uno de ellos llegó a decirme un día que no tenía dedos suficiente para señalar los paréntesis, las comillas o las palabras que constituían un problema en cada página. Consigo a duras penas completar una página, me decía, ¡y ya no tengo dedos suficientes para continuar! La filosofía no es un asunto fácil... Y la mía, aún menos. Uno no se acerca a ella sin pincharse. Además, yo no escribo para la mayoría. Me gustaría mucho hacerlo, pero mis temas no lo permiten... Imagina usted bien que cuando uno ha comprendido, si está completamente seguro de haber comprendido, sólo ha recorrido la mitad del camino. Pues, luego, hay que pasar al acto, ajustar la práctica a la teoría. Usted conoce mi imperativo categórico, sea. Ya es algo y está bien. Pero ¿qué puede usted haber comprendido adecuadamente de él para haber hecho lo que hizo? ¡Millones de muertos! ¡Realmente! *(Agotado, irritado.)* En el caso muy preciso de la ejecución de la solución final, ¿querría alguien universalizar esa máxima?

EICHMANN: Mi problema no era el contenido de la máxima, sino la máxima misma. Me daban órdenes; yo debía obedecerlas. No tenía que examinarlas, discutirlas ni comentarlas. No tenía que examinar su legitimidad. Yo

pertenecía al ejército y usted es quien lo dice, como me lo repitió tantas veces mi padre, el soldado no tiene que discutir las órdenes que recibe. Si no, ¿adónde iríamos a parar? Por otra parte, si en aquella época me hubieran dicho: «Tu padre es un traidor, debes matarlo», yo lo habría hecho... Pues hallaba en la obediencia una forma de realización personal. Usted decía, creo, que al desobedecer una persona descalifica la fuente del derecho y que, a partir de entonces, ya nada es posible. Ni el pensamiento ni la acción. Hasta ése era su argumento para prohibir la mentira en todos los casos, ¿no es verdad?

KANT *(refunfuñando enfadado)*: En efecto, en efecto... *(Silencio.)* Pero, aun así, usted podría haber ejercido su juicio sobre el contenido de la máxima, ¿no? No se le pide que sea una máquina, que obedezca sin reflexionar. Por lo menos yo no pido eso... ¡De todos modos! *(Hace una pausa.)* ¿Nunca aplicó usted su inteligencia a analizar el *contenido (hace un movimiento con un dedo como para subrayar la importancia de la palabra)* de esta máxima? ¿Nunca? ¿Verdaderamente? Si yo hubiese tenido que contentarme con hacer el elogio de una obediencia ciega y estúpida, ¿qué necesidad habría tenido de escribir tantos libros? ¿Y de complicar tanto el razonamiento y precisar de tal modo los detalles?

EICHMANN: ¡Por supuesto que pensé en el contenido, que reflexioné... Además, lo hice con mucha frecuencia... Pero, aun cuando desaprobara el contenido de la máxima —derecho que usted mismo me reconoce—, el deber me obligaba a obedecerla... Mi padre citaba a me-

nudo esta frase suya que yo recuerdo exactamente: «Sería muy peligroso que un oficial que ha recibido una orden de un superior quisiera razonar en su servicio sobre la oportunidad o la utilidad de dicha orden; debe obedecer».

NIETZSCHE *(en un aparte, dirigiéndose al público al que toma de testigo. Enfático, acompaña sus palabras con grandes ademanes)*: ¡El funcionario como cosa en sí mismo!

EICHMANN *(haciendo un paréntesis e interrogando a Kant con la mirada)*: Es lo que hice, ¿no?

KANT *(molesto)*: En cierto modo, sí, en cierto sentido, sí... *(Reflexiona.)*

EICHMANN: Usted dice claramente que un soldado, un oficial, un sacerdote, un ciudadano pueden muy bien pensar lo que quieran, comunicarles sus ideas a sus colegas, incluso sus desacuerdos, pero que en todos los casos deben obedecer a sus superiores, someterse a su jerarquía y nunca desobedecer...

KANT *(decidido, convencido)*: Eso es lo que dije, sí, en efecto...

EICHMANN: ¿Entonces?

KANT: ...

EICHMANN: ¿Qué cree usted? Cuando mis superiores mi enviaron al lugar a ver cómo se arreglaba la cuestión judía, ¿qué cree que sentí yo? He asistido a la matanza de

personas que esperaban de pie en fosas comunes y a las que un minuto más tarde se las sepultaba. Había niños en los brazos de sus madres. He visto asfixiar a judíos desnudos con gas carbónico dentro de las cajas de los camiones que los transportaban. He visto descargar los cadáveres. He visto a civiles arrancándoles los dientes de oro. He visto con mis propios ojos surgir sangre debajo de mis pies, como si fuera un manantial, porque me había parado sobre una fosa común donde la presión de los gases de la putrefacción proyectaba la sangre como un géiser. He visto, en Auschwitz, las cámaras de gas. Me negué a acercar el ojo a una mirilla, como me pidieron que hiciera, para asistir al detalle a todo aquello, pues estaba horriblemente asqueado... *(Silencio. Eichmann se sienta en el borde de la cama. Se pasa la mano por el cabello y se coge la cabeza con ambas manos. Durante ese tiempo, el guardia continúa haciendo sus rondas por la pasarela de acero. Y lo hace como si nada ocurriera debajo.)* ¿Cómo podría no haberme sentido conmocionado... Ante semejante espectáculo... *(Nuevamente se produce un largo silencio.)*

KANT: ¿Y entonces?

EICHMANN: Y entonces, ¿qué?

KANT: ¿Entonces?

EICHMANN *(sin levantar la mirada del suelo)*: Entonces reflexioné, por supuesto, pensé en todo eso, no podía quitármelo de la cabeza. Bebí. Bebí mucho... Coñac... Demasiado. *(Silencio.)* Luego hablé con Müller... (*Mi-*

rando a Kant.) Müller era mi superior jerárquico... *(Volviendo a fijar la mirada en el suelo.)* Le dije hasta qué punto estaba conmovido, que había caído en un estado de postración y que ni siquiera estaba en condiciones de hacer el informe oral que me habían pedido...

KANT: ¿Cómo reaccionó él?

EICHMANN: No reaccionó... En fin, sí, sonrió, se contentó con sonreír, como de costumbre, y no dijo ni hizo nada más... Por otra parte, creo que él se hallaba en la misma situación que yo. También él obedecía.

KANT: ¿Y después?

EICHMANN: Después me envió a hacer otras inspecciones.

KANT: Que usted realizó... ¿no?

EICHMANN: Sí, por supuesto. ¿Qué otra cosa podía hacer?

KANT: Evidentemente... *(Pensativo, el filósofo recorre la celda, de un extremo a otro, con las manos cruzadas a la espalda, mientras Eichmann permanece inmóvil en la misma posición. Largo silencio.)*

EICHMANN: Pero yo cambié mucho después de todo aquello... Uno no sale indemne de lo que se vio allí. No, sencillamente es imposible... Es evidente que muchas cosas cambiaron en mí...

KANT: ¿Ah, sí? ¿Qué cosas?

EICHMANN: Antes, yo obedecía y, al mismo tiempo, consentía en hacer lo que hacía. Al menos mi conciencia consentía...

KANT: ¿Antes de qué? ¿En qué consentía antes?

EICHMANN: Antes de Auschwitz... Antes de haber visto lo que vi en Auschwitz. Antes de las cámaras de gas... Antes de verlas... *(Mirando a Kant.)* Al principio, se me había encomendado resolver pacíficamente la cuestión judía. *(Cobra vivacidad, cierto entusiasmo.)*

KANT: ¿Pacíficamente?

EICHMANN: Sí, pacíficamente.

KANT: ¿Y cómo era eso?

EICHMANN: Yo siempre fui sionista. En todo caso, nunca fui antisemita.

NIETZSCHE *(sacudiendo la cabeza en señal de denegación y con expresión consternada)*: ¡Y ahora esto!

EICHMANN: Al menos, menos antisemita que usted, porque usted escribió ciertas frases...

KANT *(incómodo)*: Sí, lo sé, no son de las frases de las que esté más orgulloso, teniendo en cuenta como evolucionaron las cosas luego... No puede uno sentirse orgulloso de haber escrito contra los judíos, sobre todo cuando ve cómo esa pasión malsana proliferó después como un tumor maligno.

EICHMANN: Por mi parte, no era antisemita. No tenía nada en contra de los judíos. Tampoco tenía nada a favor. No tenía ninguna opinión formada sobre el asunto...

Nietzsche sacude nuevamente la cabeza para mostrar su desagrado.

EICHMANN *(después de un silencio, continúa)*: Al principio, yo trabajaba en un plan de «deportación» masiva de los judíos a Madagascar o a Palestina, un lugar donde pudieran vivir entre ellos...

KANT: ¿«Deportación» dice usted?

EICHMANN: Sí, pero le recuerdo que la palabra es suya.

KANT: ¿Cómo *mía*?

EICHMANN: Es la palabra que utiliza usted para justificar que se aleje de un país a los que han sido culpables de un crimen...

KANT: Pero ¿de qué crímenes eran culpables los judíos? Los criminales de los que yo hablaba habían asesinado, habían cometido fechorías, eran culpables de cometer infracciones castigadas por la ley. Yo pensaba en los rufianes y bandidos. Pensaba en los asesinos. En fin, lo escribí pensando en toda una categoría de gente que, por sus actos, se hubieran colocado fuera de la ley. A ellos las autoridades podían perfectamente ponerlos en un barco y conducirlos a una isla alejada del país donde habían hecho sus maldades para alojarlos en un presidio o algo por el estilo... Pero, a los judíos, ¿qué podía reprochárseles tan reprensible como un crimen o un asesinato?

EICHMANN: ¡Ah, no era a mí a quien correspondía juzgar semejantes asuntos! El *Führer* fue elegido democráticamente por el pueblo alemán que votó en las urnas. Él expresaba la soberanía popular... ¡Él era legal y legítimo! Legal, *por lo tanto (enfatizando)*, legítimo. Las leyes que él dictaba eran por esa misma razón legales y legítimas. *(Se detiene y señala a Kant con el índice.)* Además, no veo cómo puede usted reprocharme que me haya sometido a un poder legítimo cuando, en sus libros, enseña que todos deben someterse al poder en vigor, aun cuando éste ocupe el lugar que ocupa por un acto ilegal como un regicidio, un tiranicidio, un golpe de fuerza, una usurpación sangrienta del poder... Usted es quien dijo que uno debe obedecer al que está en el poder porque esa persona es el poder. Usted es quien prohíbe investigar de dónde procede su legitimidad siempre que la tenga... *(Triunfante.)* De modo que, con mayor razón, cuando un poder obtiene su legitimidad de la legalidad, uno debe obedecer sus órdenes. Y el poder había decidido que los judíos estaban en la ilegalidad, que no merecían la ciudadanía alemana. Yo no tenía por qué ocuparme de las razones ni de las motivaciones de esas decisiones y debía actuar en consecuencia. Se me ordenó que trabajara en la «deportación» de esas poblaciones, que las enviara fuera del territorio alemán y lo hice concienzudamente, hasta podría decir escrupulosamente...

KANT *(dubitativo)*: Sí, es verdad...

EICHMANN: Yo era un soldado del Reich, un funcionario que había prestado juramento, por lo tanto debía

obedecer la ley. Nunca actué personalmente, según decisiones individuales. Siempre apliqué las disposiciones oficiales, de conformidad con los decretos, las normas de aplicación, los reglamentos de la policía, las órdenes y las instrucciones de mis superiores... *(Se pone de pie, da algunos pasos por la celda. Kant lo mira. Los dos permanecen en silencio un largo rato.)* Mientras no se tratara más que de eso, antes de Auschwitz, todo marchaba bien... Yo obedecía, pero no tenía problemas de conciencia. Estaba de acuerdo. Había aprendido el idioma hebreo, leía libros sobre la civilización y la cultura judías, trabajaba en ese proyecto con los consejos judíos, con quienes me entendía muy bien y con quienes además trabajaba muy bien. Mientras todo se mantuvo en ese plano, las cosas marchaban....

KANT: ¿Y qué tuvo que pasar para que las cosas ya no marcharan tan bien?

EICHMANN: ...

KANT: ¿Y qué? ¿qué tuvo que pasar para que las cosas ya no marcharan tan bien?

EICHMANN: Bueno, ciertos viajes... Cosas que he visto...

KANT: ¿Qué cosas han cambiado?

EICHMANN: Bueno... Lo que cambió fue que no es lo mismo deportar a una población a una isla que destruirla *físicamente (acentúa la palabra)...*

Nietzsche asiente.

EICHMANN *(sentándose nuevamente en el borde de la cama. Comienza una frase)*: En Wannsee...

KANT *(interrumpiéndolo)*: ¡Ah! ¿Estuvo usted en Wannsee?

EICHMANN: Sí, estuve allí... *(Retomando la frase.)* En Wannsee, pues, se dijeron las cosas claramente, en 1942, el 20 de enero de 1942. Lo recuerdo muy bien: por orden del *Führer* se abandona la solución de la deportación de los judíos a un país extranjero, se detiene ese proyecto y se pone en marcha la solución final, dicho de otro modo *(remarcando cada palabra)*, el exterminio físico de los judíos... *(Silencio.)* Entonces...

KANT: Entonces ¿qué?

EICHMANN: Entonces, todo cambió...

KANT: ¿Qué es todo?

EICHMANN: Pues bien, todo... En fin, nada... Digo que todo cambió porque para la conciencia, ya nada era lo mismo... Pero en los hechos no cambió nada pues yo continué haciendo mi trabajo, continué obedeciendo... ¿Qué otra cosa podía hacer?

KANT: ¿Cómo reaccionó usted aquel día, ante el anuncio de semejante proyecto? Porque, de todas maneras, no se puede decir que no es nada encontrarse con algunos hombres encerrados en una misma habitación y decidir suprimir del planeta a varios millones de sus semejantes de un plumazo, ¡así sin más, antes de volver a casa

a cenar con la familia, con la esposa y los hijos! No me dirá usted que el imperativo categórico desempeñó algún papel en este asunto. O yo ya no entiendo nada.

EICHMANN: Le confieso que aquel día no debí de haber pensado mucho en usted. Ni en ninguna otra cosa, supongo. Con seguridad no pensé en el imperativo categórico... Tomé conciencia, sí, me di cuenta de que a partir de ese momento se me exigía hacer ese trabajo. ¿Qué otra cosa podía hacer? *(Con la mirada perdida, Eichmann permanece con la cabeza gacha.)* Bebí varias copas de coñac... Sí, bebí...

KANT: Dígame, pues, Eichmann, puesto que usted se reivindica incesantemente como un defensor de mi pensamiento para justificarse, podría haber hecho funcionar un poco su inteligencia y su memoria, dejando un poco de lado su coñac y, por una vez, haberse preguntado acerca de la legalidad y la moralidad de todo este asunto. Ciertamente, la solución final era escrupulosamente legal, pero no era verdaderamente moral... ¿No es verdad?

NIETZSCHE *(siempre en un aparte)*: ¡Pamplinas! ¡Pamplinas!

EICHMANN: Puede ser...

KANT: ¿Sabe usted cuál es la diferencia? A ver, dígame cuál es la diferencia entre legalidad y moralidad.

NIETZSCHE: ¡El viejo profesor! ¡El incorregible profesor! ¡Vaya viejo sermoneador! *(Con un gesto de disgusto.)* ¡Puaj!

Eichmann *(reflexionando, reuniendo ánimos y con tono escolar)*: La legalidad es lo que se ajusta a la ley. La moralidad es lo que se hace por puro respeto a la ley, porque la ley es la ley. ¿No? *(Sin esperar la respuesta de Kant.)* Sobre la legalidad no había ninguna duda, pero sobre la moralidad tampoco: yo obedecía la *ley legal (remarca estas dos palabras)* y no tengo por qué examinar el contenido de la ley legal si ésta es legal. Puedo, dirá usted, pensar lo que quiera de ella, ciertamente, oponerme a ella en mi fuero interno, por supuesto, pero siempre que obedezca... Si hubiera estado yo con toda mi conciencia en contra de esa decisión, ¿qué parte de su pensamiento me permitía desobedecer, rebelarme, no ejecutar las órdenes? ¿Eh? *(Espera un momento y, ante el silencio de Kant, concluye.)* ¡Nada!

Kant permanece abatido.

Eichmann: ¿Qué me dice?

Kant *(recuperándose después de un momento de silencio)*: No es tan sencillo... La moral consiste también en considerar a los otros como un fin y no como un medio. ¿Cree usted que, mientras usted enviaba a todos esos inocentes a la muerte, los trataba como un fin y no como un medio? ¡Vamos, pues! *(Pausa.)* La moralidad manifiesta que no somos más que lo que somos. Cuando usted obraba, cuando usted ocupaba esa función funesta de organizador de los convoyes que se dirigían a los campos de exterminio, usted estaba por debajo del hombre, pero seguramente no estaba en la moralidad. Bien

podía estar dentro de la legalidad, que por cierto lo estaba, pero no estaba dentro de la moral. Esto no me lo podrá usted quitar del espíritu...

EICHMANN: Entonces, ¿puede uno estar en la legalidad sin que ello implique actuar de conformidad con la moral? Pues ¿qué es lo que nos permite decir no a lo que es legal? ¿La moral? Pero ¿qué moral? Puesto que la moral consiste también en someterse a la ley. En la realidad, no distinguimos tan fácilmente como lo hace usted en sus libros lo que corresponde a la moral, a lo legal, a la ética y a la política. Todo esto parece sencillo, pero en el terreno, es otro asunto... Todas ésas son distinciones de papel... *(Pausa.)* Además, en ninguna parte de su obra existe un derecho de resistencia. En ninguna parte autoriza usted la rebelión. Mejor aún, o peor, en todas partes, todo el tiempo, usted la prohíbe.

KANT *(incómodo)*: Sí, en efecto...

Ambos permanecen en silencio largo rato.

EICHMANN: ¿Entonces?

KANT *(mirando el suelo)*: Entonces, nada...

NIETZSCHE: ¡Qué sujeto más torpe!

EICHMANN *(haciendo un ademán para dar a entender que quiere volver sobre una idea no desarrollada suficientemente unos minutos antes)*: Volviendo a ese asunto de los judíos fuera de la ley que, a partir de un momento determinado, quedan fuera de la protección de la ley...

KANT *(poniéndose en guardia)*: Sí, ¿y qué?

EICHMANN *(bastante complacido)*: Pues bien, me recuerda una historia que me contaba mi padre... Nos hablaba de dos casos: el del niño nacido fuera del matrimonio y el del duelista, creo...

KANT: Sí, exactamente. Están en mi *Doctrina del derecho*.

NIETZSCHE: ¡Necedades! ¡Necedades! ¡Increíbles necedades!

EICHMANN: Sí, ese mismo. Es un libro que mi padre apreciaba muchísimo y que además me invitó a leer y a meditar frecuentemente. Decía que allí estaba toda su filosofía política...

KANT *(inquieto)*: ¡Vayamos al asunto!

EICHMANN: Allí voy. Como usted recordará, allí habla usted de un niño nacido fuera del vínculo matrimonial.

KANT *(impaciente)*: Sí.

EICHMANN: ...al que sus padres habrían matado...

KANT: Sí. ¿Y qué?

EICHMANN: Pues... que usted decía que ese niño, puesto que había nacido fuera de la ley, no podía beneficiarse de la protección de la ley. Por lo tanto, ¿qué hacer con los padres homicidas? Pues, desde el punto de vista de la ley, no han hecho nada punible: en efecto, no es ilegal suprimir a alguien que está fuera de la ley... El niño, decía usted, se deslizó dentro de la República como lo ha-

bría hecho una mercancía prohibida... Puesto que ese niño no existe jurídicamente, el estado no tiene por qué perseguir a los padres infanticidas. Porque, desde el punto de vista de la ley, no han cometido ningún delito y, en consecuencia, no tienen nada que reprocharse.

KANT *(impaciente)*: ¿Y qué conclusiones saca usted de eso?

EICHMANN: Antes de sacar alguna conclusión, quisiera decirle que usted desarrolló los mismos argumentos en el caso del sobreviviente de un duelo al que el estado no podría perseguir por el homicidio de su contendiente porque el duelo está prohibido por la ley. También en ese caso, la falta de existencia jurídica implica directamente la falta de existencia.

KANT: ...

EICHMANN *(encantado)*: ¿No tiene usted nada que decir?

KANT: ...

EICHMANN: ¿Y bien?

KANT *(incómodo)*: En efecto, sí, eso es lo que dije...

NIETZSCHE: ¡Teología! ¡Teología! ¡Qué araña tejedora es este sujeto!

EICHMANN: Ahora le diré mis conclusiones: cuando la ley organiza legalmente la extraterritorialidad jurídica de ciertos individuos o de una categoría de individuos, esos individuos o esa categoría no puede pretender beneficiarse del auxilio o del recurso de la ley... ¿No es así?

KANT: Imposible. Eso es imposible...

Abatido, se deja caer en la silla.

NIETZSCHE: ¡Ah, el cristiano pérfido!

EICHMANN: De ahí que, en el caso de nuestros judíos, se imponga esta conclusión: cuando un gobierno legalmente elegido, que representa la soberanía popular encarnada en su canciller, el *Führer*, vota leyes que los excluyen de la comunidad, esas leyes son legales, ciertamente, pero además uno obra moralmente acatándolas porque lo que está en juego es la construcción de una política según el orden de las razones... ¡Legalidad, moralidad!

NIETZSCHE *(sarcástico)*: ¡Ajá!

Se oye el sonido de pasos en el pasillo y luego el ruido de unas llaves. Se abre la puerta y entra un médico. El guardia continúa haciendo su ronda por la pasarela superior. Evidentemente, el sueño de Eichmann no es visible para él como no lo es para el médico que acaba de entrar en la celda. Por otra parte, el juego de luces puede hacer desaparecer a Kant de la escena. En ese momento Eichmann está sentado en la cama. El médico se le acerca.

EL MÉDICO: Buenas noches.

EICHMANN: Buenas noches, doctor.

EL MÉDICO *(con el estetoscopio colgado del cuello, el tensiómetro en una mano y la historia clínica en la otra. Pone la carpeta sobre la mesa y le pide a Eichmann que se arremangue la camisa, cosa que el preso hace de inme-*

diato. Le toma la presión arterial): 14-6. Bien. *(Dirigiéndose a Eichmann.)* Levántese la camisa, por favor. *(Eichmann la levanta.)* Gracias. *(Le coloca el estetoscopio.)* Bien. *(Le toma el pulso.)* Bien *(Abre la carpeta, anota las cifras. Mira los libros que están sobre la mesa y pregunta.)*: ¿Qué está leyendo?

EICHMANN: A Platón.

EL MÉDICO: ¿Platón?

EICHMANN: Sí, Platón. *La apología de Sócrates*. Se lo pedí a mi hermano. También le pedí el Nuevo Testamento que está allí, al lado. *(Señalándolo.)* No pudo hacerme llegar todo, pero al menos éstos me los han dado.

EL MÉDICO *(sacude la cabeza y vuelve a poner los libros sobre la mesa)*: Bien, bien. *(sin mirar nunca a Eichmann.)* ¿Ningún problema particular? ¿Algo que quiera consultarme?

EICHMANN: No, nada, gracias, doctor. Muchas gracias...

EL MÉDICO: Bueno, entonces, buenas noches.

EICHMANN *(bajándose la manga de la camisa)*: Gracias, doctor, que tenga usted también muy buenas noches.

El médico abandona la celda. Se oye el cerrojo de la puerta. Silencio. El retorno progresivo, lento, de la luz hace reaparecer a Kant en la escena.

KANT: ¿Eichmann?

EICHMANN: Sí.

KANT: Hay algo que me molesta...

EICHMANN: ¿Qué?

KANT: Cuando usted buscaba soluciones para aliviar su conciencia, ¿en qué pensaba? ¿Nunca consideró la posibilidad de encontrar una manera de sustraerse a esa situación?

EICHMANN: Sí, por supuesto, uno piensa. Primero pensé en cambiar de destino... Partir al frente soviético...

KANT: ¿Y bien...?

EICHMANN: Lo solicité...

KANT: ¿Y qué pasó entonces?

EICHMANN: Pues nada, me lo denegaron...

KANT: ¿Hablaba usted de todas estas cosas con alguien? ¿Con sus padres? Su padre vivía todavía entonces, ¿no?

EICHMANN: Sí, todavía vivía... Murió recientemente. *(Silencio.)* No, yo no hablaba con nadie de estas cosas y muchos menos con mi familia... Ni con mi padre, ni con mi mujer, ni con mis hijos...

KANT: ¿Y abandonar el ejército?

EICHMANN: ¿Para hacer qué? No había tenido gran fortuna en los oficios que emprendí antes de entrar en el ejército; trabajé de empleado en varias oficinas y luego fui despedido... Además, habría sido sospechoso abandonar el ejército; mis jefes lo habrían considerado una

deserción... No, era imposible. *(Hace una pausa y luego continúa.)* Lo que pensé muchas veces fue pegarme un tiro en la cabeza; lo pensé a menudo...

KANT: ¿Y?

EICHMANN *(dubitativo)*: Y nada, no... Falta de valor, probablemente. Tal vez debí hacerlo... Seguramente era lo que debía hacer. Pero no pude. No lo hice. *(Silencio.)* En aquella época bebía mucho... *(Silencio.)* Además tenía esposa e hijos y debía ocuparme de ellos...

KANT: Una justificación un poco débil, convengamos...

EICHMANN *(súbitamente más locuaz)*: Me hablaba usted hace un momento de mis padres. Recuerdo una frase de mi padre. El recuerdo de nuestras conversaciones sobre la moral, la religión, su filosofía...

KANT: Sí.

EICHMANN: ¿No escribió usted en alguna parte que el hombre es un animal que necesita un amo? O algo semejante...

KANT: Sí, es verdad, yo escribí eso.

NIETZSCHE: ¡Seguramente!

EICHMANN: ¿Qué quiso decir con eso?

KANT: En la perspectiva de una filosofía política, es necesario que haya un hombre al cual los otros hombres deben obedecer para evitar que cada uno tire para su lado y entre todos provoquen un increíble desorden.

Hay que evitar que triunfe lo particular; lo que importa es lo universal. El hombre es imperfecto, tiene necesidad de ese amo que también es un hombre y, por lo tanto, también él, imperfecto. Pero hay que buscar al hombre que esté en mejores condiciones de construir la sociabilidad a pesar de la eterna insociable sociabilidad de los hombres. Sólo ese hombre puede edificar una comunidad coherente, una sociedad civil digna de ese nombre.

NIETZSCHE: ¡Excelente! ¡Admirable!

EICHMANN: ¿Y por qué razón ese hombre no habría podido ser Adolf Hitler? ¿No es acaso la definición del conductor, del *Führer,* la que acaba de dar usted?

Kant no responde.

EICHMANN: ¡Vamos, responda! ¿Nada se opone a que ese amo que usted propone con tanto entusiasmo para confederar la multiplicidad anárquica y convertirla en comunidad ordenada, para producir una sociedad civil digna de ese nombre, sea el *Führer*? ¡Respóndame!

KANT: No veo cómo podría decirle que no... Ni en nombre de qué...

EICHMANN: ¿Cómo, pues, sería yo culpable de obedecer a ese hombre cuya palabra constituía en esa época la ley, toda la ley? Dígame, ¿cómo? El hablaba y ésa era la ley. ¿Qué podía hacer yo ante eso, solo en mi rincón, con mis pocas fuerzas y mis escasos medios?

NIETZSCHE *(dando un respingo en su tumbona)*: ¡El imperativo categórico! ¡El imperativo categórico! ¡La belleza sublime del imperativo categórico!

KANT *(obligado a reconocer)*: No mucho, en efecto... *(Da una vuelta en redondo por la celda.)* Pero, veamos, dígame, ¿por qué razones se hizo usted nazi? Porque de todos modos usted era nazi.

EICHMANN: Sí, me afilié al partido nazi. Obtuve mi ficha de afiliación el 1.° de abril de 1932 ¡Imagínese! Entonces estábamos muy lejos de las cámaras de gas... Fue diez años antes.

KANT: ¿Había leído usted el libro de Hitler?

EICHMANN: No, nunca lo leí completo. Lo hojeé, lo miré, pero nunca lo leí entero.

KANT: ¿Se afilió usted a un partido sin conocer siquiera su programa?

EICHMANN: Me afilié porque estaba desocupado y ya no conseguía trabajo. No me quedaba otra opción. Despedido de la compañía donde trabajaba, tenía que encontrar un empleo y en aquella época no era sencillo. No sentía un odio particular contra los judíos. Lo que Hitler quería era volver a poner de pie a Alemania. Y yo estaba de acuerdo con eso. Y luego, cuando llegó al poder, legalmente, ¿cómo habría podido yo no ser solidario? Y, además, ¿con qué motivos? Durante los primeros años, dio trabajo a siete millones de desempleados. Hizo construir carreteras, escuelas, estadios, lugares de espar-

cimiento, viviendas para los menos favorecidos. Después nos devolvió la dignidad que habíamos perdido con el tratado de Versalles. Yo me afilié al partido y permanecí en él durante años, primero por todas esas razones y no para participar en la destrucción de los judíos en los campos de exterminio. *(Irónico.)* Hasta entonces, no había nada que contrariara el imperativo categórico, ¿no es verdad?

KANT *(exaltándose)*: Pero, así y todo, me irrita y hasta me indigna, aun cuando no sea ése mi estilo, que usted pueda sacar semejantes conclusiones prácticas de mis teorías. Hasta me siento ofendido, porque ninguna de mis teorías contradice los actos que se le reprochan a usted. Peor aún, ahora veo cómo mi pensamiento riguroso, exigente, estricto, austero *(separa claramente cada palabra para darle mayor énfasis)* puede producir ese tipo de interpretación que, sin ser errónea, no deja de parecerme menos excesiva... ¡Usted radicaliza! ¡Eso es lo que hace! ¡Radicaliza!

EICHMANN: De ningún modo. Sólo pongo en práctica. ¿Imaginó usted que alguna vez alguien pondría en práctica sus ideas y que, en esta perspectiva, hacía falta contar con lo real y con los hombres tales como son, antes que con lo real y los hombres tales como deberían ser? *(Silencio.)* La prueba de la encarnación de sus ideas muestra su radicalidad invivible... Usted es el radical, cuando se preocupa más por las ideas puras que por los hombres impuros... Usted ha vivido con la cabeza en su famoso cielo estrellado y yo en el lodo del mundo, pero

éste es el único mundo que existe... Usted es puro, por supuesto, limpio, evidentemente, pero nunca bajó del cielo de las ideas. Yo, por supuesto, por haber vivido en lo real, en la historia, en la materialidad de las cosas, soy impuro, sucio. Porque *he vivido*... Usted, Kant, ¿vivió alguna vez?

KANT *(asombrado, estupefacto)*: Sí, he vivido, tenga usted la seguridad de que he vivido...

NIETZSCHE: No es tan seguro...

EICHMANN: ¿Con sus estudiantes? ¿Impartiendo sus clases? ¿Escribiendo sus libros? ¿Leyendo?

KANT: Eso también es vivir, ¿no?

EICHMANN: Si se quiere...

Kant se pone de pie y vuelve a sentarse. Va y viene por la celda sin decir nada.

EICHMANN *(excitado y decidido)*: En resumidas cuentas, yo no soñé ni leí mal ni interpreté equivocadamente sus ideas... ¡Y aun así! *(Hace una pausa y retoma el estilo de la enumeración.)* Usted hace el elogio de la obediencia a la ley por la ley misma. Prohíbe la rebelión, la insurrección, porque todas esas actitudes descalifican la fuente del derecho. Usted condena el asesinato del soberano, aun cuando éste cometa abusos. Usted quiere que uno obedezca la ley y el derecho sin interrogarse sobre los medios por los cuales la ley llegó a ser ley. Pretende que hasta un poder que llegó a imponerse en virtud de la ile-

galidad sea obedecido como un poder legítimo. Le prohíbe al pueblo todo derecho de rebelión. Elogia la sumisión a un amo. Justifica la deportación de aquellos a quienes la ley considera fuera de la ley. Teoriza la inexistencia real de todo ser que no disponga de existencia jurídica. Apremia al funcionario a que obedezca las órdenes que recibe, sin examinarlas. Restringe el uso del espíritu crítico al análisis interior o limitado al círculo íntimo de la comunidad ilustrada. Hace del juramento el aguijón de la conciencia y sostiene que hay que honrarlo absolutamente. Dice que hasta en el caso en que el gobierno cometa abusos insoportables —¿y por qué no pensar en el exterminio de los judíos?— siempre hay que obedecer lo que dicta la ley y...

KANT *(interrumpiéndolo)*: ¿Verdaderamente dije yo todo eso?

EICHMANN: Sí, lo dijo.

NIETZSCHE *(pataleando encantado)*: ¡Sí! ¡Sí!

EICHMANN: Y también dijo que, aun en ese caso, uno debía obedecer esperando que se produjera una reforma que sólo podía realizar el soberano mismo. Obedecer, esperar, pero sobre todo no sublevarse... *(Silencio.)* ¿Se imagina usted al *Führer* tomando medidas para ir en contra de sus propias decisiones? ¡Vamos! ¡Usted sueña, Kant! ¡Sueña!

Nietzsche asiente con las cabeza.

EICHMANN *(decepcionado)*: Y aún en el caso en que el *Führer*, por efecto del toque de vaya a saber uno qué varita mágica, un día hubiese puesto fin a su política de exterminio, ¿qué debía hacer uno *mientras esperaba*? *(Destacando las últimas palabras.)* ¿Eh? ¿Qué hacer mientras uno espera ese día improbable?

Kant permanece silencioso, abatido.

EICHMANN: Me da la impresión de que para usted los principios son más importantes que los hombres.

Kant sacude la cabeza asintiendo.

NIETZSCHE: ¡Muy cierto!

EICHMANN: ¿Sabe usted por qué todo lo que hice durante esos años de nazismo puede reivindicarse hoy como kantiano sin torcer mucho su pensamiento? ¿Eh? ¿Lo sabe? *(Hace una breve pausa.)* Se lo diré: porque, si bien usted no invita positivamente a hacer lo peor, tampoco lo prohíbe y *nunca (remarca claramente la palabra)* previó, pero *nunca*, ¿me oye usted bien?, consideró el derecho a decir que no. *Nunca* da usted la posibilidad de oponerse y de romper con el derecho, para que no se corra el riesgo de descalificar el derecho para siempre. *(Silencio. Eichmann mira a Kant que ya no puede más; sin embargo, prosigue.)* Usted destruye a los hombres con su obstinación por construir su famosa razón práctica. De tanto venerar las ideas, termina por despreciar a las personas. Realmente, me siento víctima de sus ideas...

KANT: ¡Bueno, no exageremos...!

EICHMANN: No estoy exagerando...

Nietzsche muestra su desacuerdo.

KANT: Sí, un poco, sí... Usted parece creer que yo me equivoco en todo con mis ideas y que usted no se equivocó en nada con sus actos y sus gestos. Por un lado, una filosofía exigente y, por el otro, una práctica monstruosa. ¿Y mi exigencia sería más culpable que su monstruosidad? ¿Mi *Crítica de la razón práctica* detestable contra sus millones de muertos excusables? ¡Vamos, por favor!

EICHMANN: Respóndame *sí o no (acentuando cada sílaba)*: ¿se considera en toda su obra el derecho a decir no?

KANT: No.

EICHMANN: ¿Lo ve usted?

KANT: Ésa no es una razón.

EICHMANN: Por supuesto que lo es.

Kant esboza un ademán que parece traducir su embarazo, su impotencia, su negativa a seguir argumentando. Hay un largo silencio.

EICHMANN *(cambia de posición, se estira en la cama y mira al cielo raso)*: Y además, era la guerra... Una guerra lo cambia todo.

KANT *(victorioso, recobrando su energía)*: Sobre este punto, no podrá usted enredar las cosas. Yo siempre estuve en contra de la guerra. Nunca la defendí. Dije que debíamos hacer todo lo posible por mantener la paz,

que había que querer la paz. Y que, además, había que buscar los medios de construir con el derecho una paz perpetua. *(Triunfante.)* ¿Qué tiene que decir sobre este tema?

EICHMANN: Sí, lo sé y todo eso está muy bien. Pero es válido en tiempos de paz. Su deseo es un deseo que se puede cumplir mientras haya paz. La paz es un lujo para la moral y los moralistas que practican el derecho. Pero ¿qué hacer en tiempos de guerra? ¿Cuando la guerra ya está allí? Uno se opone. Eso es muy sencillo en el papel. Uno escribe libros para decir que está en contra y que nunca la quiso. Muy bien. Da cursos, hasta, tal vez, para expresar su desaprobación. Perfecto. ¡Felicitaciones, profesor! Pero cuando la guerra ya se ha declarado, cuando uno no la ha querido, no la ha decidido, no la ha elegido, ¿qué hacer? ¿Cómo se las arregla uno? Me gustaría haberlo visto y oído allá donde yo estuve...

KANT: ...

EICHMANN: Le diré algo: en tiempos de guerra, si usted se opone a la guerra, inmediatamente está muerto, sin necesidad siquiera de participar en ella. El consejo de guerra y el pelotón de fusilamiento, en menos de una hora, resuelven la cuestión... Entonces, uno va y participa, como todos los demás. Y, como diría usted, resiste en su fuero interno, se recrimina íntimamente, siente que su conciencia se revela, de acuerdo, pero, de todos modos, parte al combate...

KANT: ...

EICHMANN: ¿Qué dice a esto? ¿Qué tiene para decirnos el filósofo que detesta la guerra y ama la paz? El filósofo que ostenta su derecho cuando las bombas caen sobre las ciudad y matan. Eso es filosofía, esto es algo concreto y merece respuestas... Al menos una...

KANT: ...

EICHMANN: Como verá, desgraciadamente tengo razón. *(Hace un gesto de despecho y después de una pausa, prosigue.)* Es muy loable el mundo de las ideas, pero las ideas y la vida son dos cosas distintas. Podría decirse que lo real no le interesa, que usted le da la espalda, como para castigarlo por dejarse devastar por lo que usted llama *(vacila)*... el «mal radical», según creo.

Nietzsche asiente.

KANT *(con determinación, acentuando cada palabra, mientras Nietzsche asiente con la cabeza)*: Acepto cargar con todos los pecados del mundo. *De acuerdo.* Soy culpable de haber creado una filosofía impracticable, *puede ser, lo acepto.* Cometí el error de alentar a los hombres a apuntar alto, demasiado alto. *¿Por qué no*? Creí demasiado en la razón y no creí lo suficiente en la realidad del mundo. *Me declaro culpable.* Construí un sistema demasiado estrecho y demasiado restrictivo para contener la vitalidad del mundo. *Ciertamente.* Propuse una moral de héroe y de santo. Ahora bien, en lo concreto, obtengo un discípulo que no honra mi nombre, que nada tiene de santo y que, a falta de heroísmo, se convirtió en un criminal de escritorio, en vez de dejar caer su propia

mano sobre un hombre, se hizo cómplice de los verdugos. *Eichmann kantiano*, creí haberlo visto todo, pero nunca habría imaginado... Vamos, *me declaro culpable*. Pero ¿usted? No da la impresión de ser el hombre que hizo posible el exterminio de millones de judíos. De todas maneras, el tribunal lo ha condenado a muerte *(hace una breve pausa)* en un país ¡donde ni siquiera existe la pena de muerte!

NIETZSCHE *(irónico)*: ¡País kantiano!

KANT: Pero, en su conciencia, ¿cómo se considera usted?

EICHMANN: Responsable, si se quiere, aunque... Pero culpable, indudablemente no. *(Se detiene a reflexionar por un momento y continúa.)* Responsable, pero no culpable.

KANT *(esbozando una leve sonrisa)*: ¡Ah, sí, usted también!

EICHMANN *(con expresión de no comprender)*: ¿Por qué dice usted eso?

KANT: No, no, por nada. Continúe.

EICHMANN: O diría que me siento culpable sin culpas... Digámoslo así. Sí, culpable sin culpas. *(Hace una pausa.)* ¿Responsable? ¿Culpable? ¿De haber sido fiel a mi juramento, entonces? ¿De haber obedecido a mis superiores? ¿Es uno culpable de estas cosas? ¿Puede serlo? Culpable y responsable como millones de otras personas, pues... Por lo tanto, ¿por qué yo? No hice nada que es-

tuviera en contra de la ley ni la religión de mi país. ¡Al contrario!

KANT: ¿La religión? Hablemos de la religión. Pues parece que, como mis ideas, tampoco fue un obstáculo para que usted cometiera sus crímenes. ¿Tenías usted fe? ¿La tiene hoy? *(Pausa.)* ¿Cree usted en Dios?

EICHMANN: Sí, he conservado la fe durante toda mi vida. Creo en Dios y he permanecido fiel a la iglesia de mi infancia. Me casé por la iglesia. Mi mujer lee la Biblia todos los días. Hemos criado a nuestros hijos en la fe cristiana. El partido nazi no tenía mayores enemigos que los ateos y los judeobolcheviques sin Dios. Pero no los cristianos...

KANT: ¿Y uno podía ser nazi y cristiano? ¿No le parecen dos posiciones inconciliables: una religión de paz y de amor al prójimo con una ideología de destrucción de una parte de la humanidad? No le resulta difícil proclamarse defensor del Jesús del Evangelio y del Hitler de la solución final? ¿No le resulta problemático armonizar una sabiduría del amor y una política del odio? Las Bienaventuranzas en una mano y los documentos oficiales de Wannsee en la otra... ¿No le provoca todo esto cierto, digamos, malestar... por decir lo menos... una náusea, un profundo asco?

EICHMANN: No, Hitler mismo se proclamaba devoto del Jesús de san Lucas que echa a los mercaderes del templo con un látigo. Y además, Jesús dice que ha venido para traer la guerra y no la paz, la discordia y no la armonía... ¿Qué dice usted a eso?

KANT: ¡Ese no es el Jesús de los Evangelios!

EICHMANN: ¡Vaya, pues! Sin embargo todo eso está claramente dicho en san Lucas y en san Mateo. ¿No serían acaso los Evangelios?

KANT: Bueno, puede ser la letra, pero no el espíritu...

NIETZSCHE: ¡Ya!

KANT *(cambiando de tema)*: Cuando usted se afilió al partido nazi, ¿se le pidió que abjurara de su religión?

EICHMANN: De ningún modo. Jamás, no... Eso podía ocurrir, pero en algún caso, en conciencia... El partido no nos pedía que renunciáramos a la religión cristiana. Además, en su programa había un artículo, el vigésimo cuarto creo, que estipulaba que todas las religiones podían existir bajo el régimen siempre que no atentaran contra la raza o la integridad de la nación alemana. El partido defendía lo que llamaba un «cristianismo positivo» que no obligaba a ligarse, desde el punto de vista confesional, a ninguna religión determinada... Combatíamos el espíritu judeomaterialista ateo.

KANT: ¿Sin dejar de ser cristiano?

EICHMANN: Claro. El nacionalsocialismo nunca persiguió a los cristianos, con quienes mantenía relaciones bastante buenas. El papa mismo no halló nada que criticar a la doctrina nazi. Prueba de ello es que no excomulgó a los nazis y, en cambio, excomulgó en su conjunto a todos los judeobolcheviques. Por otra parte, no puso en

el *Índex* el libro de Adolf Hitler. ¡De lo contrario, lo habríamos sabido! *(Una pausa.)* Yo abandoné el protestantismo para convertirme al catolicismo cuando estaba en la Argentina...

KANT: Ah... ¿sí? ¿Y por qué?

EICHMANN: Porque me pareció una buena manera de agradecerles a los sacerdotes católicos que me hubieran permitido salir de Europa en 1945.

KANT: ¿Y cómo fue eso?

EICHMANN: Cuando las tropas aliadas llegaron a Alemania, yo me escondí...

KANT:... para huir de la justicia.

EICHMANN: No, no se trataba de huir de la justicia sino de escapar de la venganza, del ajuste de cuentas. Lo que me estaba reservado era una parodia de justicia. La justicia de los vencedores nunca es la justicia.

KANT: La justicia es siempre la justicia.

EICHMANN: No, hay justicias injustas e injusticias justas... Cuestión de puntos de vista...

KANT: Como usted comprenderá, no puedo coincidir en esta visión de las cosas. No existen los puntos de vista, sino las verdades en la materia. *(Comenzando a hacer una demostración.)* La justicia...

EICHMANN *(interrumpiéndolo)*: Sí, ya sé, es lo que se ajusta al derecho, a la ley... *(Pausa.)* Yo sabía que iban a

ejecutarme, de acuerdo con todas las formalidades, hasta las formalidades jurídicas, por supuesto, pero, de todas maneras, iban a ejecutarme. Y no tenía ganas de morir así, como culpable, sin proceso o, después de una parodia de proceso, como víctima. Por lo tanto... *(pausa)* preferí partir a Sudamérica y quienes me ayudaron en esta huida fueron los católicos.

KANT *(sorprendido)*: Ah, ¿sí?

NIETZSCHE *(con tono burlón)*: ¡Sí!

EICHMANN: Sí. Los católicos habían organizado un sistema de expatriación de los nazis para permitir que abandonaran Europa. Pasaban de un monasterio a otro para huir de Alemania. Llegados a Italia, a través de Suiza o de Austria, contaban con la documentación en regla que les proporcionaba el Estado del Vaticano. Los pasaportes y los visados les ofrecían la posibilidad de embarcarse hacia Sudamérica en la más absoluta legalidad.

NIETZSCHE: ¡Legalidad! ¡Legalidad!

EICHMANN *(después de una pausa)*: Estando en Buenos Aires, me pareció que estaba en deuda con los católicos, que tenía que agradecerles de algún modo... A ello se debió mi conversión.

KANT *(sacudiendo la cabeza)*: ¡Regalo envenenado!

NIETZSCHE *(radiante)*: No tanto, no tanto...

EICHMANN: ¡Es usted quien lo dice!

KANT *(paseando en círculos por la celda)*: ¿Cree usted en Dios?

EICHMANN: Sí, por supuesto.

KANT: ¿Y cómo es su Dios? ¿A qué se parece? ¡Sorpréndame un poco! *(Parándose ante él.)* ¡Me temo que se entregue usted a un puro momento sofístico!

EICHMANN: Yo diría... *(Vacilando.)* Diría que se parece a algo que sería como el gran ordenador del mundo... Una especie de principio que hace que lo que es sea como es... De todas maneras, no sería un Dios que aplicara la moral, que castigara o recompensara, eso seguramente no.

KANT: Pero un Dios inmoral, ¿sería un error?

EICHMANN: Para mí, no. Un Dios moral sería un error. Dios no puede castigar a los hombres que obedecen el curso del mundo puesto que ¡Él fue quien determinó el curso del mundo! Si no, Él mismo tendría que castigarse o recompensarse. Dios es todopoderoso y lo ha previsto todo desde siempre.

KANT: ¡No estoy de acuerdo! ¡No coincido con usted en absoluto! Dios no ha querido el mal que han querido los hombres. El primer hombre, desde el pecado original, transmite esta enfermedad mortal de generación en generación a cada miembro de su funesta descendencia. Los hombres fueron tallados sobre una madera curva en la que no se puede modelar nada verdaderamente recto... Usted mismo... *(Se interrumpe.)* Dios creó a los hombres

libres y ellos, a su vez, crearon el mal y continúan creándolo sin descanso. Sin cesar, fabrican el mal, como embriagados por él, como hechizados por su potencia... Sus deportaciones... Sus persecuciones... Sus exterminios... Sus cámaras de gas, por ejemplo... Todo eso es el mal radical, el pecado original, la madera torcida, consecuencia de la falta del primer hombre... Sólo podremos salir de esto oponiéndole vigorosamente la santidad de la ley moral. Ésta es la única religión verdadera que puede salvarnos de esa condenación eterna de los primeros tiempos... *(Pausa.)* Dios no es lo que usted dice. Es la idea personificada del derecho y de la bondad. ¡Y ese Dios no puede desear el exterminio de todo un pueblo! Si yo tuviera que creer en lo que usted sostiene, ¿debería creer que Dios quiso el exterminio de millones de judíos?

EICHMANN: Puesto que no lo ha impedido, sí. Puesto que no hizo lo que hacía falta para que tal cosa no ocurriera, sí. ¡Hay que rendirse ante la evidencia! Pues Dios existe y tenía el poder de hacer que lo que sucedió no hubiese sucedido... El Dios de usted murió en Auschwitz mientras que allí mismo triunfaba el mío. ¡Tenga usted el coraje de sacar las conclusiones adecuadas!

KANT (*obstinándose*): No lo puedo creer... No puedo, no *quiero (poniendo énfasis en la última palabra)* creerlo.

NIETZSCHE: Y sin embargo...

EICHMANN: No tiene que quererlo... Es un hecho. Su Dios murió en las cámaras de gas. Nos queda *mi Dios*, un Dios que está más allá del bien y del mal.

NIETZSCHE *(disgustado de que se use su fórmula)*: ¡Vaya, vaya!

EICHMANN: La moral es menos un asunto de Dios que de religión. Y la religión es un asunto de hombres... *(Señala los libros que tiene sobre la mesa.)* Estoy leyendo el Nuevo Testamento...

KANT: Una buena lectura, una lectura sana... Por otra parte, usted debió inspirarse un poco más en ella. ¡Eso le habría evitado cometer lo irreparable y alimentar el mal durante tantos años! ¿Y qué encuentra hoy en ese bello libro para salvar un poco su alma?

EICHMANN: ¡Oh! No procuro salvar mi alma... Lo que busco... *(Vacila un instante, busca la palabras.)* Digamos que busco un poco de paz para mí mismo...

KANT: Y... ¿la ha encontrado usted?

EICHMANN: Un poco, sí... *(Se pone de pie, toma la Biblia y la abre donde está el marcador. Lee.)* Escuche. Esta frase me encanta, me ayuda mucho en estos tiempos entre las cuatro paredes de esta celda: «Quien esté libre de toda culpa que arroje la primera piedra». *(Interrogando a Kant con un movimiento de cabeza.)* ¿Qué piensa usted de esta máxima? *(Silencio de Kant.)* ¿Quién, en este bajo mundo, está libre de toda culpa? Sólo alguien así, es decir, un santo, podría juzgarme, podría juzgarme a *mí*...

KANT: La rareza de la santidad no es razón para no juzgar, para no decir lo que es justo, para no expresar el derecho, para no hacer saber lo que...

EICHMANN *(interrumpiéndolo, cansado)*: Sí, ya sé, legalidad, moralidad...

NIETZSCHE *(repitiendo como una cotorra, como si recitara una canción infantil)*: ¡Legalidad! ¡Moralidad! Legalidad, moralidad...

KANT: Por lo menos, ¿siente usted remordimientos? ¿Se arrepiente de lo hecho?

EICHMANN: ¿Con qué objeto? Los arrepentimientos, los remordimientos son para los niños... No podrían cambiar nada, no impedirían que lo que ocurrió ocurriera... *(Hace una pausa y, desengañado, continúa.)* ¿Tuvo arrepentimiento o remordimiento el que lanzó una bomba sobre Hiroshima y luego, unos días después, otra sobre Nagasaki? ¿Eh? ¿Hubo arrepentimiento en ese caso? No. Sin embargo, esa persona mató a miles de seres humanos lanzando sus dos bombas. ¿Y qué hizo? Lo mismo que yo. Exactamente lo mismo: era un soldado, recibió una orden y la ejecutó. Obedeció y ocasionó la muerte de trescientas diez mil víctimas... ¿Por qué no está preso? ¿Por qué no lo juzgan? ¿Por qué hasta los condecoraron, a él y a toda su tripulación? ¿Por qué los sacerdotes bendijeron sus bombas antes de que partieran a lanzarlas? ¿Por qué a él no lo condenaron a muerte? ¿Por qué él, probablemente, muera de viejo en su cama? Él y los que lo acompañaban, él y quienes decidieron, los que dieron la orden... ¡Y usted me habla de justicia!

NIETZSCHE: Nada de eso es falso...

EICHMANN: Voy a morir, lo sé, he sido condenado y se me ha negado el recurso de la gracia. No tengo remordimientos, ni me arrepiento. No hice más que obedecer las órdenes y fui fiel a mi juramento. Sólo la muerte del *Führer* podía librarme de él. Por lo tanto hoy estoy liberado de mi juramente. Querría solamente que hubiera paz, encontrar la paz, conmigo y con los demás, con todos los demás... Querría encontrar la serenidad que me falta desde hace tanto tiempo...

KANT: ¡Y a mí, también!

EICHMANN: Si mi muerte pudiera asegurarme que nunca más volverían a darse situaciones semejantes, ¡yo mismo me colgaría en público! ¿Voy yo a expiar la culpabilidad de todo un pueblo? Tanto mejor, no me molesta, si aún puedo servir para eso, ¿por qué no? Pero ¿bastaría con esto? ¿Puede usted asegurarme que con mi cadáver ya nada será como antes? *(Silencio.)* Voy a morir. Todo esto va a detenerse... En cierto modo, mejor, estoy demasiado cansado... ¿La justicia? ¿Piensa usted que habrá sido justa? No lo creo. Justicia injusta, injusta justicia. ¿Quién puede permitirse juzgar a otro hombre? ¿Y en nombre de qué? ¿Quién puede juzgar a quien se conformó con obedecer?

KANT: Siempre es necesario que se haga justicia y, en su caso, más aún, porque...

Un ruido en los corredores amortigua la frase de Kant, quien desaparece súbitamente. En el mismo instante, también Nietzsche desaparece.

El reloj señala la medianoche. Es el 31 de mayo de 1962.

El carcelero entra acompañado de cierto número de personas. Eichmann se pone vigorosamente de pie, casi en posición de firmes. Comprende que vienen a buscarlo. La luz se extingue por completo sobre el escenario, que queda sumergido en una oscuridad total.

Se escucha una voz en off *de una mujer mayor que lee el siguiente texto extraído del libro de Hannah Arendt,* Eichmann en Jerusalén:

> Adolf Eichmann se dirigió al patíbulo con gran dignidad. Antes, había solicitado una botella de vino tinto, de la que se bebió la mitad. Rechazó los auxilios que le ofreció un ministro protestante, el reverendo William Hull, quien le propuso leer la Biblia, los dos juntos. A Eichmann le quedaban únicamente dos horas de vida, por lo que no podía «perder el tiempo». Calmo y erguido, con las manos atadas a la espalda, anduvo los cincuenta metros que mediaban entre su celda y la cámara de ejecución. Cuando los celadores le ataron las piernas a la altura de los tobillos y las rodillas, Eichmann les pidió que aflojaran la presión de las ataduras, a fin de poder mantener el cuerpo erguido. Cuando le ofrecieron la negra caperuza, la rechazó diciendo: «Yo no necesito eso». En aquellos instantes, Eichmann era totalmente dueño de sí mismo, más que eso, estaba perfectamente centrado en su verdadera personalidad. Nada

puede demostrar de modo más convincente esta última afirmación cual la grotesca estupidez de sus últimas palabras. Comenzó sentando con énfasis que él era un *Gottgläubiger*, término usual entre los nazis indicativo de que no era cristiano y de que no creía en la vida sobrenatural tras la muerte. Luego, prosiguió: «Dentro de muy poco, caballeros, *volveremos a encontrarnos*. Tal es el destino de todos los hombres. ¡Viva Alemania! ¡Viva Argentina! ¡Viva Austria! *Nunca las olvidaré*». Incluso ante la muerte, Eichmann encontró el cliché propio de la oratoria fúnebre. En el patíbulo, su memoria le jugó una última mala pasada; Eichmann se sintió «estimulado», y olvidó que se trataba de su propio entierro.

Fue como si en aquellos últimos minutos resumiera la lección que su larga carrera de maldad nos ha enseñado, la lección de la terrible *banalidad del mal*, ante la que las palabras y el pensamiento se sienten impotentes.[1]

Silencio. Las últimas palabras se repiten con insistencia: «La terrible banalidad del mal».

FIN

1. Hannah Arendt, *op cit.*, p. 367.

Filosofía

El sueño de Eichmann

En *Eichmann en Jerusalén*, Hannah Arendt primero relata que Adolf Eichmann —el oficial nazi que gestionó directamente el traslado y la ejecución de judíos en los campos de exterminio— afirmó durante su proceso que era un atento lector de Kant, y luego sostiene que el acusado no entendió en absoluto a Kant. Para Michel Onfray, la versión kantiana que el criminal de guerra expuso durante su juicio no sólo es correcta, sino que demuestra que el sistema ético de Emmanuel Kant es compatible con los argumentos del genocida.

Eichmann conocía a Kant y sus tesis principales: su pensamiento sobre la ley y la obediencia, su filosofía del estado y del derecho, de la legalidad y de la moral, del imperativo categórico y de la promesa solemne... sabía que en el corpus kantiano está siempre presente la imposibilidad de desobedecer. ¿Es posible que la tradición filosófica occidental haya dejado pasar una omisión en el sistema kantiano?

Michel Onfray hace una lectura profunda de Kant y propone aquí una demostración doble de esta tesis: mediante un texto teórico titulado «Un kantiano entre los nazis» y a través de una obra de teatro que pone en un mismo escenario a Eichmann, a Kant... y a Nietzsche. En *El sueño de Eichmann*, el prusiano visita en sueños al criminal de guerra dos horas antes de su ejecución. Los dos hombres dialogan —con alguna intervención de un tercero, que es Nietzsche— y la conversación revela una faceta del filósofo muy diferente de la que podría esperarse.

Michel Onfray (Argentan, 1959) es uno de los ensayistas franceses más leídos y prestigiosos de la actualidad. Siempre molesto para el *establishment*, reivindica el libertinaje, el placer sensual, el ser más que el tener y la libertad individual por encima de cualquier tipo de gregarismo. Ha publicado más de cuarenta libros, entre ellos *La comunidad filosófica*, *Tratado de ateología* o *Antimanual de filosofía*.

ISBN: 978-84-9784-315-7

9 788497 843157

ACCESO ABIERTO

gedisa editorial

Código: 302581

Filosofía
Serie CLA·DE·MA